NAM

CRONICA DE LA GUERRA DE VIETNAM 1965-1975

OBRA COMPLETA
EN 20 FASCICULOS

18

SANABRIA . D.G.P
DEVOLUCIONES NO
VALIDAS EN ARGENTINA

9 788439 507673

30 PTAS.
SIN IVA

PLANETA-AGOSTINI

EL CAMINO A LA VICTORIA

El plan era preparar el terreno para una invasión a gran escala en 1976, pero todo cambió de pronto cuando el ARVN se desmoronó y huyó en desbandada. Después de más de diez años de dura y encarnizada lucha sin cuartel, el Ejército nordvietnamita podía oler la victoria final

LA OFENSIVA DE 1975 DEL EVN

Durante los meses de julio, agosto, setiembre y octubre de 1974, todas las agencias del Estado Mayor General estaban activas y tensas. La revolución en el Sur se enardecía desde la Resolución de marzo de 1974. La situación en los frentes se desarrollaba a nuestro favor. Cuando se discutió el plan de combate estratégico para 1975, surgió la cuestión de cuál debería ser el principal campo de batalla.

En el II Cuerpo, que incluía el Tay Nguyen, el enemigo sólo tenía dos divisiones de fuerza principal, y éstas hubieron de ser diseminadas tanto para mantener todas las provincias de la región como para proteger las áreas costeras. Los reunidos aprobaron por unanimidad el juicio del Estado Mayor General y eligieron Tay Nguyen como principal campo de batalla para las ofensivas a gran escala de 1975.

Perspectiva de victoria

En marzo, todo un ejército de fuerza principal de Saigón huía en desbandada, abandonando el Tay Nguyen. Fue un golpe realmente aplastante. El enemigo se tambaleaba en medio de una tremenda confusión.

El 15 de marzo de 1975 recibí una respuesta por cable del buró político, firmada por Le Duc Tho, y otra del comité militar central, firmada por Vo Nguyen Giap. En una reunión en Hanoi, miembros de ambas organizaciones que habían leído cuidadosamente el telegrama que había enviado desde el frente el 14 de marzo, estuvieron de acuerdo con nuestra valoración y aceptaron nuestras propuestas de movimiento.

En 1968 y 1972 habíamos efectuado fuertes ataques en el Tay Nguyen, pero no se habían producido grandes victorias relámpago como las de este año. Ahora teníamos claras perspectivas de victoria en la liberación del Tay Nguyen. Si actuábamos rápidamente y bien, podríamos terminar antes de la estación de las lluvias de 1975.

Da Nang en el caos

Después de conseguir nuestra gran victoria en el Tay Nguyen, el comité del Partido en la Zona 5 y su mando del frente, en una rápida respuesta a esta nueva oportunidad, abandonaron sus planes para avanzar hacia el sur y cambiaron el eje de sus ataques hacia el norte a fin de establecer las condiciones para la liberación de Da Nang.

El 25 de marzo, el Comité Militar Central y el Mando General, tras concluir que, después de perder Hué, Tam Ky, Quang Ngai y Chu Lai, el enemigo no podría mantener Da Nang ni aun cuando lo intentase, decidieron iniciar la ofensiva hacia esa localidad bajo este principio guía: "En el mejor momento, con la mayor rapidez, la mayor osadía y la mayor sorpresa, y seguros de la victoria".

TESTIMONIO

El general Van Tieng Dung luchó con el Viet Minh durante la Segunda Guerra Mundial y mandó una división en Dien Bien Phu. Fue nombrado jefe de estado mayor del EVN en 1953, y en 1975 planeó la ofensiva final. En 1980 sustituyó a Giap como ministro de Defensa.

Página anterior: Un carro M48 capturado por el EVN. Abajo: Contra un fondo de nubes de humo, soldados del EVN invaden la base aérea de Tan Son Nhut.

CAPÍTULO 105

Tras el 25 de marzo, la ciudad de Da Nang estaba sumida en el caos. El enemigo tuvo que abandonar sus planes de reagruparse y empezó a utilizar aviones Boeing 727 para evacuar a los asesores norteamericanos y parte de las fuerzas de Saigón.

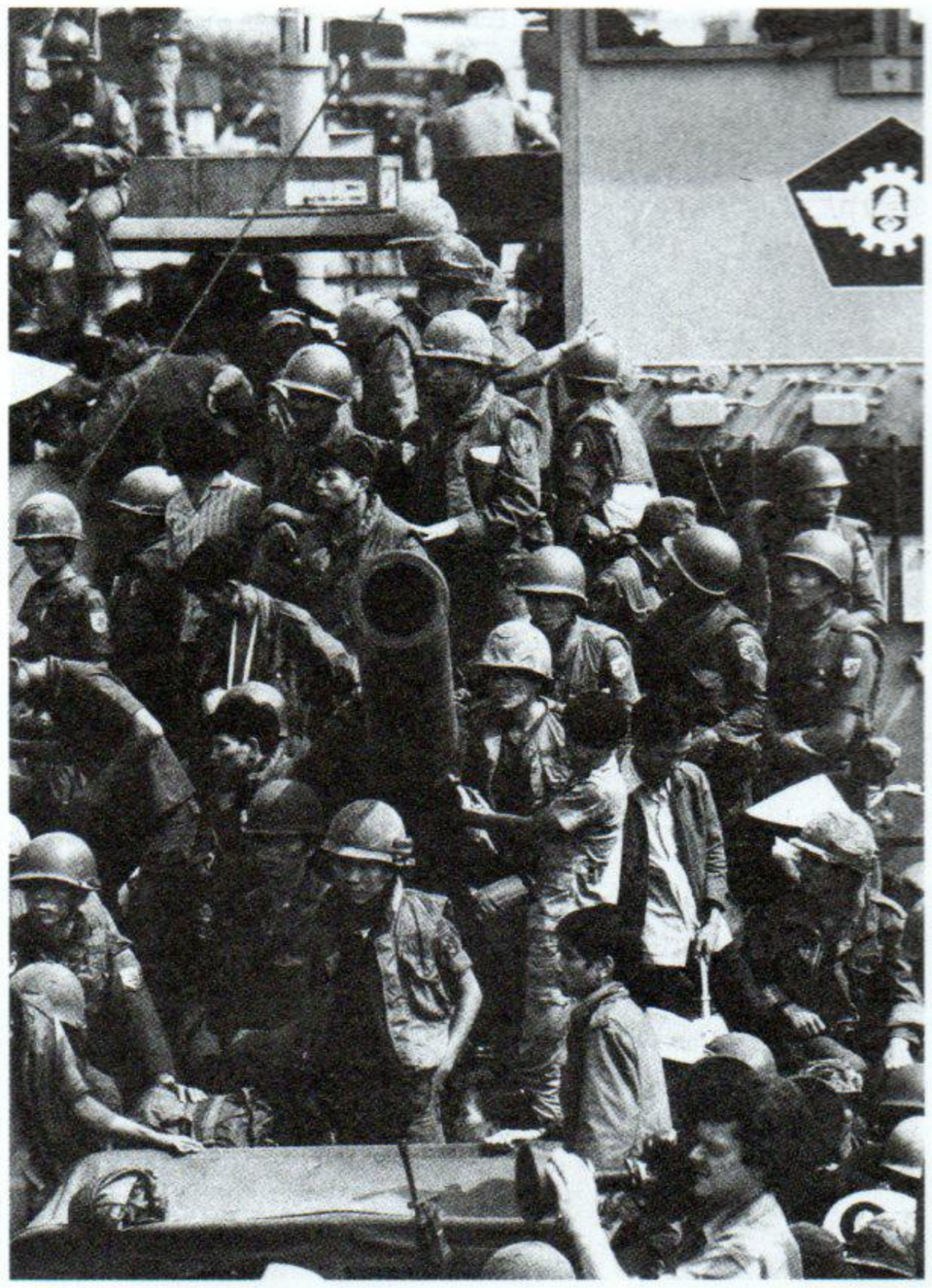
El Buró Político se reunió de nuevo y en ese encuentro histórico se decidió: "Nuestra ofensiva estratégica general empezó con la campaña de Tay Nguyen. Ahora ha llegado una nueva oportunidad estratégica y las condiciones permiten un rápido final para nuestra resolución de liberar el Sur. Decidimos concentrar rápidamente nuestras fuerzas, armas y material para liberar Saigón antes de la estación de las lluvias".

Nuestras tropas avanzaban

En aquella hora agónica, el enemigo se equivocó por completo en sus cálculos sobre nosotros. Naturalmente ya no era una sorpresa el que estuviésemos realizando ataques sostenidos por todo Vietnam del Sur, pero evidentemente aún no sabían la dirección y calendario de nuestras acciones, no conocían las fuerzas que emplearíamos, nuestro modo de combatir, nuestras intenciones estratégicas o el extraordinario esfuerzo que realizaríamos para aprovechar esta nueva oportunidad. Si el enemigo se vio cogido por sorpresa en el Tay Nguyen, aún más lo estaría en Saigón.

El lema "¡Todos al frente, todos a la victoria!" se había convertido en una realidad en aquel momen-

Derecha: La mañana después de la caída de Hué. Mientras el pánico y la confusión hacen presa en el Sur, soldados del ARVN se mezclan con los refugiados civiles en una embarcación de la Armada vietnamita en Da Nang. Abajo: Con el orden y la disciplina que permitió al Norte prevalecer después de años de lucha, las victoriosas tropas del EVN desfilan delante del Palacio Presidencial de Saigón, ahora adornado con un gran retrato de Ho Chi Minh.



LA OFENSIVA DE 1975 DEL EVN

Abajo: Un soldado del ARVN evacua a su familia. Izquierda: Un carro del EVN en Saigón. Página siguiente: Un soldado del EVN vuelve a casa con regalos para su familia.

EL PLAN DE INVASIÓN

Durante 1974 las fuerzas de Vietnam del Norte lograban avances constantes en el Sur. La inflación socavaba al ARVN; el régimen de Thieu era incapaz de controlar la corrupción, e incurría en graves críticas internas de las que salía desmintiéndolas o acallándolas; y, lo más importante, se redujo el apoyo norteamericano. La cuestión más importante era saber si se podría disponer del poder aéreo estadounidense, el salvador del Sur en 1972.

Estimuladas por la debilidad del Sur, las fuerzas del Norte aumentaron su potencial. Los sistemas de carreteras convirtieron la Ruta Ho Chi Minh en una eficaz autopista utilizable bajo cualquier condición y recorrido por un acueducto. A finales de la primavera de 1974, los comunistas habían recuperado todo el territorio que el ARVN había capturado en el delta en 1973. El equilibrio de fuerzas cedía decisivamente en favor del Norte.

En octubre de 1974, el general Tran Van Tra, un importante comandante comunista en el Sur, abogaba por una ofensiva en la provincia de Phuoc Long, unos 100 km al norte de Saigón. El politburó del Norte, consciente de las pérdidas sufridas en la ofensiva de 1972, era precavido; pero el plan general recibió una aprobación inicial. El resultado fue un éxito espectacular, pues la capital de la provincia cayó ante las tropas del EVN el 6 de enero de 1975.

La respuesta estadounidense a este revés fue muda: ninguna promesa de ayuda. La falta de fondos norteamericanos hizo que el Sur tuviese que dejar en tierra más de 200 aviones, recortando su capacidad aérea en un 50 por ciento. La Unión Soviética empezó entonces a ayudar gradualmente a Hanoi y el general Van Thien Dung fue enviado al Sur para dirigir una gran ofensiva.

La estrategia de Dung consistía en atacar las Tierras Altas Centrales hasta Ban Me Thuot, cortando el Sur en dos; ataques menores inmovilizarían al ARVN en las provincias septentrionales. La intención principal era conseguir territorios para formar la base de una ofensiva decisiva al año siguiente, 1976.

En realidad, la victoria para el norte llegó un año antes, en 1975.

to álgido de la fase final de la resistencia contra Estados Unidos. La gran maquinaria socialista del Norte lanzó rápidamente toda su fuerza material y humana al campo de batalla, hacia los grandes frentes del Sur. Día y noche nuestras tropas avanzaban a gran velocidad, con un gran espíritu y seguras de la victoria.

La primavera volvía a las verdes colinas y las montañas tostadas por el sol. Los bosques de caucho que se extendían más allá de donde alcanzaba la vista estaban cambiando de hojas. Instalar posiciones al sudoeste de Saigón era una gran oportunidad para el ejército, pues la geografía allí dificultaba el despliegue de una gran fuerza, sobre todo a sus armas pesadas. Había pocas carreteras para la artillería motorizada; de hecho, se podría decir que la única ruta atravesaba las descubiertas marismas.

Se acerca la Hora H

Tras nuestra ofensiva contra el Sur durante Tet Mau Than en 1968, el enemigo se había burlado y jactado "El Vietcong nunca volverá a tener la fuerza necesaria para atacar Saigón". Aquel día, mientras mirábamos las posiciones que habíamos instalado en campaña con la estrecha coordinación entre nuestras tropas dentro y fuera de Saigón y veíamos las firmes áreas operacionales que habíamos capturado, mientras determinábamos los objetivos que atacaríamos desde el principio, calculábamos el tiempo y terminábamos nuestros preparativos antes de la Hora H —la Hora H de la historia de nuestro pueblo y también la mayor Hora H en la historia de nuestra gente durante más de cien años— estábamos muy contentos, felices y orgullosos.

En todo Saigón – Gia Dinh, la mayor ciudad de Vietnam, con cientos de miles de soldados enemigos desplegados en los anillos interior y exterior de las posiciones defensivas, elegimos sólo cinco de los grandes objetivos para una captura segura. Eran el colaboracionista cuartel general del Estado Mayor General, el "Palacio de la Independencia", el cuartel general de la Zona Capital Especial, el Directorio General de la Policía y el aeródromo de Tan Son Nhut. Estos objetivos eran los más importantes centros neurálgicos del Ejército de Saigón y la administración colaboracionista.

Abren fuego los cañones

El 22 de abril, el cuartel general en el frente revisó el plan operacional una vez más para la Campaña Ho Chi Minh y distribuyó la resolución de la misma, un mapa con nuevas señales rojas que indicaban las direcciones de todos los ataques de nuestras unidades sobre Saigón – Gia Dinh.

A las 17,00 horas del 26 de abril, los primeros cañones de la Campaña Ho Chi Minh abrieron fuego. El plan especificaba que, la mañana del 27 de abril, habría una cortina de fuego desde todas direcciones sobre las afueras de Saigón. El 29 de abril empezaría la cortina de bombardeos contra el centro de la ciudad.

La tarde del 28 de abril, una patrulla de cinco A-37 capturados despegaron para atacar Tan Son Nhut.

Cuando nuestros aviones llegaron a Tan Son Nhut, la torre de control enemiga preguntó "A-37, ¿de qué escuadrón son ustedes?". Nuestros cazas respondieron con fuego. Las explosiones conmocio-

CAPÍTULO 105

naron Saigón y columnas de humo se elevaron en el aire. Nuestra atrevida incursión de bombardeo destruyó numerosos aviones enemigos, incluidos algunos en misiones de evacuación de norteamericanos. El enemigo ya no tenía ningún lugar seguro, ningún lugar a donde pudiese ir para escapar de nuestros golpes.

Mientras se acercaba la Hora H, una unidad de ataque en profundidad, incluida una brigada de carros de combate y un regimiento de infantería, se reunieron en secreto en un bosque de caucho al sur de Dau Giay para esperar las órdenes de avance hacia Saigón. Nuestros guerreros estaban sentados y preparados en camiones, con uniformes nuevos e impecables, y todos con bandas rojas en el brazo para poder reconocerse unos a otros fácilmente cuando entrasen en la ciudad.

Defender hasta la muerte

Con ramas y hojas camuflando a personal y vehículos, toda la unidad partió a las 15,00 horas con órdenes del Segundo Cuerpo de Ejército, un camión tras otro, avanzando con decisión hacia el centro de Saigón. Aquella visión imponente e histórica, los preparativos para el ataque final de la guerra, no tenía ningún precedente.

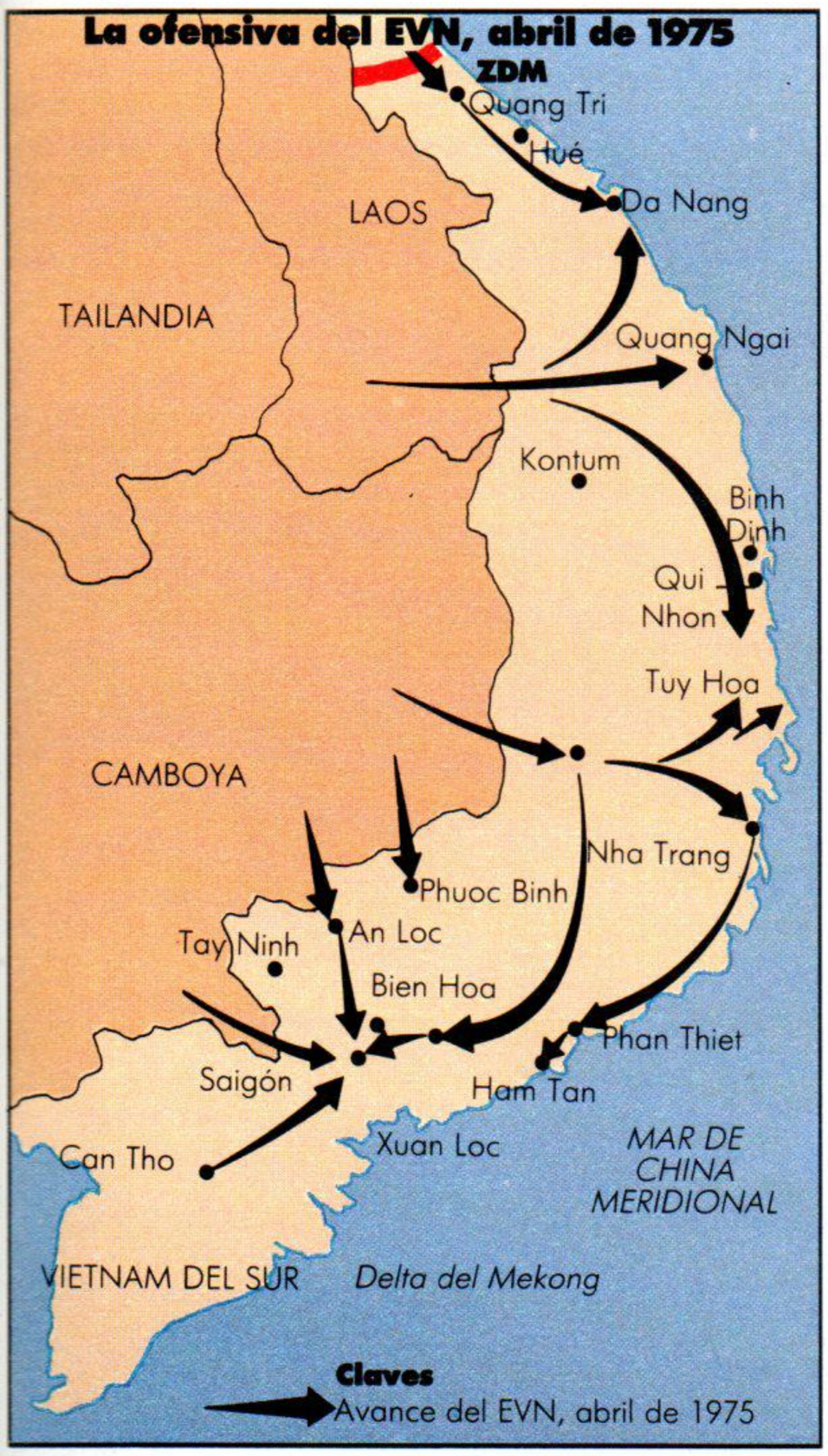
Mientras escuchábamos el informe global de la situación, sentimos que todo había salido bien. El general Cao Van Vien, jefe del Estado Mayor General de Saigón, había huido antes de que la tinta de su firma se secase en las órdenes de "defender hasta la muerte, hasta el final, la porción de tierra que nos queda".

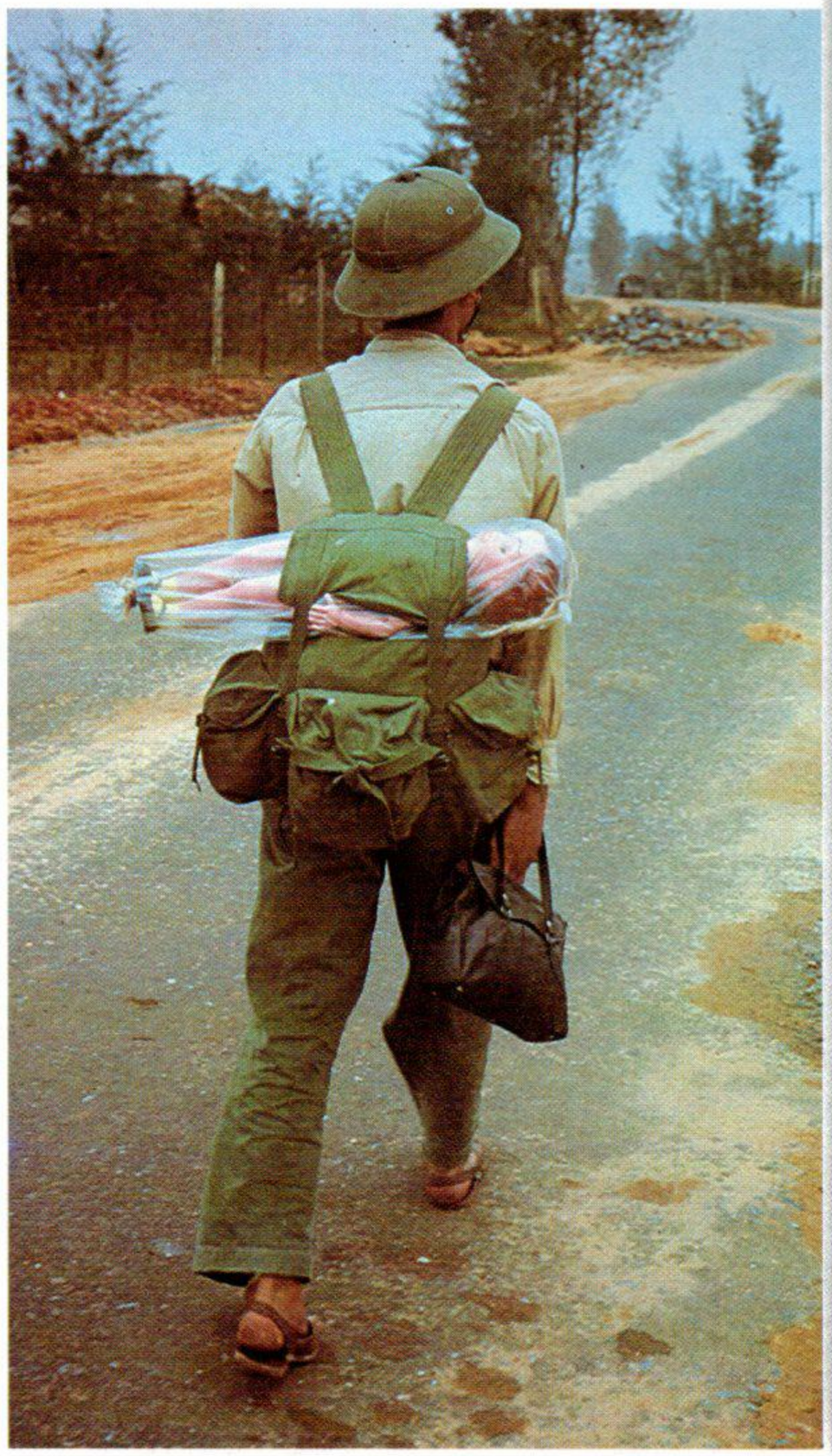
El cuartel general para la Campaña Ho Chi Minh hervía de actividad la noche del 29 de abril. Reflectores, linternas y lámparas brillaban en todas las cabañas y en todas las carreteras. Detrás de la sala de operaciones de combate, los teléfonos funcionaban incesantemente. A las 24,00 horas del 29 de abril de 1975, el cuerpo principal de las fuerzas de ataque contra Saigón se cernía como un colosal martillo a punto de caer, y el enemigo, que iba a recibir aquel mortal golpe de un momento a otro, temblaba y se estremecía de miedo viendo cómo descendía el martillo.

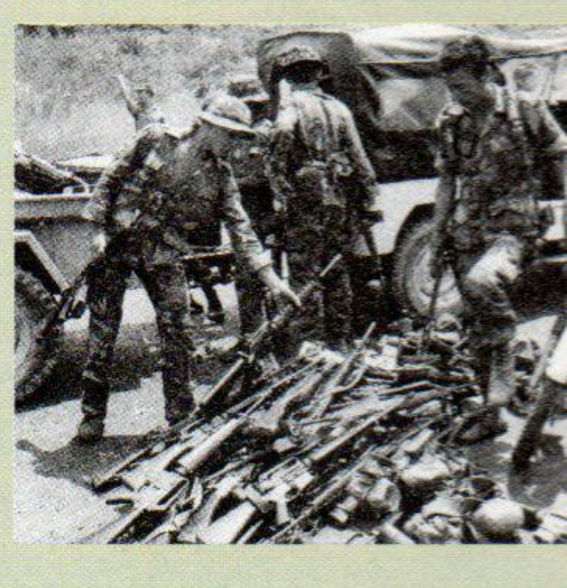
La victoria total es nuestra

Como se puede ver, nuestra historia se repite a veces. Al igual que nuestros antecesores en aquellas noches anteriores a las ofensivas estratégicas generales contra los invasores, nuestros guerreros en el frente de Saigón la noche del 29 de abril y la mañana siguiente estaban impacientes, decididos a ganar con una victoria relámpago. En aquellas horas sagradas, en aquel día final del período decidido por el Buró Político para la liberación de Saigón, los guerreros escribían en sus cascos, en sus mangas, en las correas de sus armas la inmortal proclamación del presidente Ho Chi Minh:

"¡Adelante! ¡La victoria total es nuestra!"







LA INVASIÓN DE 1975

La ofensiva del EVN en las Tierras Altas Centrales, el movimiento clave en la estrategia de Dung, se inició el 1 de marzo de 1975. Después de una diversión en dirección a Pleikú, el EVN cortó los enlaces terrestres con Ban Me Thuot y sus carros se lanzaron hacia la ciudad, que quedó en manos comunistas el 13 de marzo.

El presidente Thieu tomó entonces dos decisiones críticas. Ordenó a las unidades del ARVN en las Tierras Altas Centrales que saliesen de Pleikú y Kontum para contraatacar hacia Ban Me Thuot; mientras, en el norte, unidades del ARVN tendrían que abandonar Quang Tri.

Tanto en el norte como en las Tierras Altas Centrales, estas órdenes provocaron el pánico y el desastre. Una retirada bajo presión enemiga es posiblemente la maniobra militar más dura y el ARVN simplemente no pudo con ella.

Millones de civiles se sumaron a la confusión. En las provincias septentrionales, cayó Hué el 25 de marzo y Da Nang, donde había estado la gran base estadounidense, el 30 de marzo, en medio de escenas de confusión.

También en las Tierras Altas Centrales, un río de soldados desertores (arriba) y civiles eran el único obstáculo al que ahora se enfrentaba el EVN. El 1 de abril, las Tierras Altas Centrales estaban ya efectivamente en manos comunistas.

La velocidad de este derrumbamiento sorprendió a los comandos del EVN. La cuestión ahora era si Thieu podría mantener las ricas provincias del sur antes de que llegasen las lluvias y dificultasen las operaciones del EVN: la carrera hacia Saigón estaba en marcha.

LOS CARROS T-54 Y T-55

En 1975, el EVN se dirigía al sur con grandes cantidades de carros de combate. Los T-54 y T-55 eran lo mejor que tenía.

El EVN empleó por primera vez carros de combate al sur de la ZDM en 1968, pero no fue hasta la Ofensiva de Pascua de 1972 que los utilizó en grandes cantidades. Entonces empezó a usar blindados para encabezar los ataques de infantería, y en el vértice de estas formaciones iban los carros de combate principales T-54/55.

El desarrollo del T-54 se puede remontar al diseño del clásico T-34 de la Segunda Guerra Mundial, cuya primera evolución de posguerra fue el T-44. Este carro de combate tuvo problemas con el diseño de la torre, el espacio insuficiente para la tripulación y la instalación del armamento principal, el cañón D-10T de 100 mm. En 1947 se solucionaron estos fallos en gran parte con el diseño de un nuevo prototipo, el T-54, un carro de combate que daría paso al T-55 y al T-62. El T-54 y sus variantes sería fabricado en mayor número que cualquier otro carro de combate después de la Segunda Guerra Mundial.

Los cuatro tripulantes del T-54 estaban instalados dentro de un casco soldado y dividido en tres compartimientos. La potencia la suministraba un motor diesel refrigerado de 12 cilindros por agua que, a causa de su alto contenido en aleaciones, aumentaba el riesgo de incendio, al que el carro de combate era especialmente propenso.

El estrecho compartimiento de la tripulación, la falta de asistencia hidráulica para la conducción, una suspensión de barras de torsión que rebotaba mucho y tendía a perder las orugas convertía al T-54 en un vehículo algo irritante.

Comparados con los carristas del Ejército estadounidense y el ARVN, los del EVN estaban mal entrenados y sus comandantes no sabían coordinar sus vehículos con los ataques de infantería y de artillería. Esto hacía que los T-54/55 fuesen menos eficaces de lo que podían haber sido. Aunque tenían un cañón de 100 mm, el T-54/55 tenía un blindaje inferior al de sucontrincante el M48A3. Cuando los dos se enfrentaban, solía perder el T-54/55.

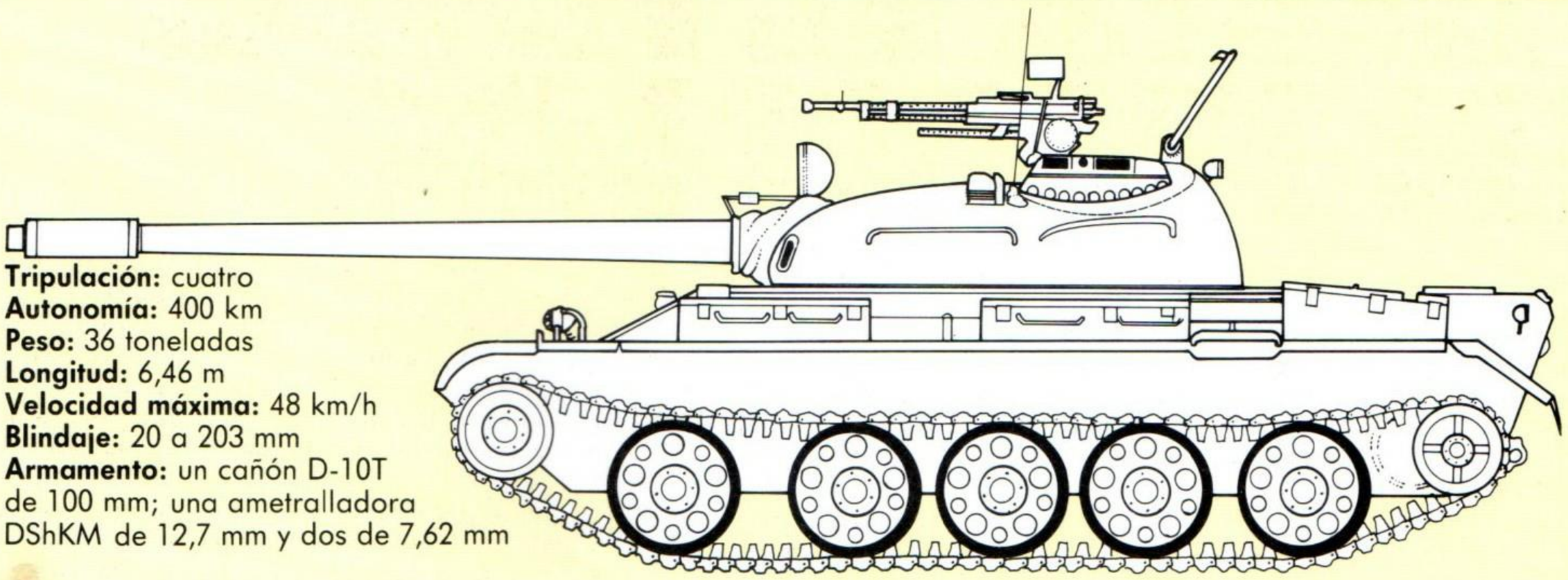
El armamento principal de 100 mm había sido desarrollado a partir de un cañón naval del mismo calibre y, con el proyectil HVAPDS-T (Subcalibrado Trazador Perforante de Alta Velocidad), podía penetrar hasta 200 mm de blindaje a 1 000 metros. Sólo 34 proyectiles de munición de 100 mm iban en el vehículo y, debido al peso de los mismos y al hecho de que había que elevar el cañón después de cada disparo para la expulsión de la vaina, la cadencia de tiro estaba limitada a un máximo de dos disparos por minuto. Otro importante inconveniente era que el armamento principal tenía una depresión máxima de sólo cuatro grados, lo que casi imposibilitaba el disparo desde una colina o una posición desenfilada como una contrapendiente.

El sistema de control de tiro del T-54 implicaba una coordinación entre el visor binocular y el telémetro del jefe con el visor telescópico del tirador.

El T-55 tenía un aspecto externo casi idéntico al del T-54 pero, además de incorporar visores infrarrojos y los equipos esnórquel del T-54A, se caracterizaba por un motor más potente y más espacio para la munición.

Muchos de los carros del EVN eran en realidad T-59 chinos, copias del T-54A que sólo diferían en detalles menores.

CARRO DE COMBATE T-54



Tripulación: cuatro
Autonomía: 400 km
Peso: 36 toneladas
Longitud: 6,46 m
Velocidad máxima: 48 km/h
Blindaje: 20 a 203 mm
Armamento: un cañón D-10T de 100 mm; una ametralladora DShKM de 12,7 mm y dos de 7,62 mm

Abajo: Ondeando una bandera roja, un T-54 entra en Saigón.

CAPÍTULO 106

Falto del poder aéreo norteamericano que le diese apoyo, el Sur estaba solo. A una hora de camino de Saigón, el ARVN se atrincheró en Xuan Loc y libró una batalla desesperada en un intento de detener el avance del Ejército nordvietnamita

HASTA EL FINAL EN XUAN LOC

Flotaba una atmósfera irreal sobre Saigón mientras Vietnam del Sur sufría la agonía final. Da Nang había caído y ahora el EVN había rodeado Xuan Loc, la última ciudad importante antes de la capital situada en la Carretera 1. En el puerto pesquero de Vung Tau, una embarcación entraba en el muelle cargada de sardinas humanas, apiñadas y a sólo tres días de la apisonadora comunista. Los exhautos refugiados tenían órdenes de seguir desplazándose hacia el sur.

La misma trágica historia se repetía en la Carretera 1, donde esperaba otro enemigo: el ardiente sol, que mantenía la temperatura en torno a los 40 grados un día tras otro.

Protegiéndose de aquel calor abrasador mediante trozos de chatarra a modo de paraguas, los refugiados descansaban; los niños llevaban a cuestas a sus hermanos menores y en todas partes hasta los más débiles tenían que apañárselas por sí solos.

Por eso la vida parecía tan irreal en Saigón, a sólo 40 kilómetros, donde aún parecía posible una existencia normal. Mucha gente simplemente se negaba a creer que la capital fuese a caer. Todas las cafeterías y los restaurantes estaban abiertos, y los ciudadanos seguían con sus asuntos como si no pasara nada.

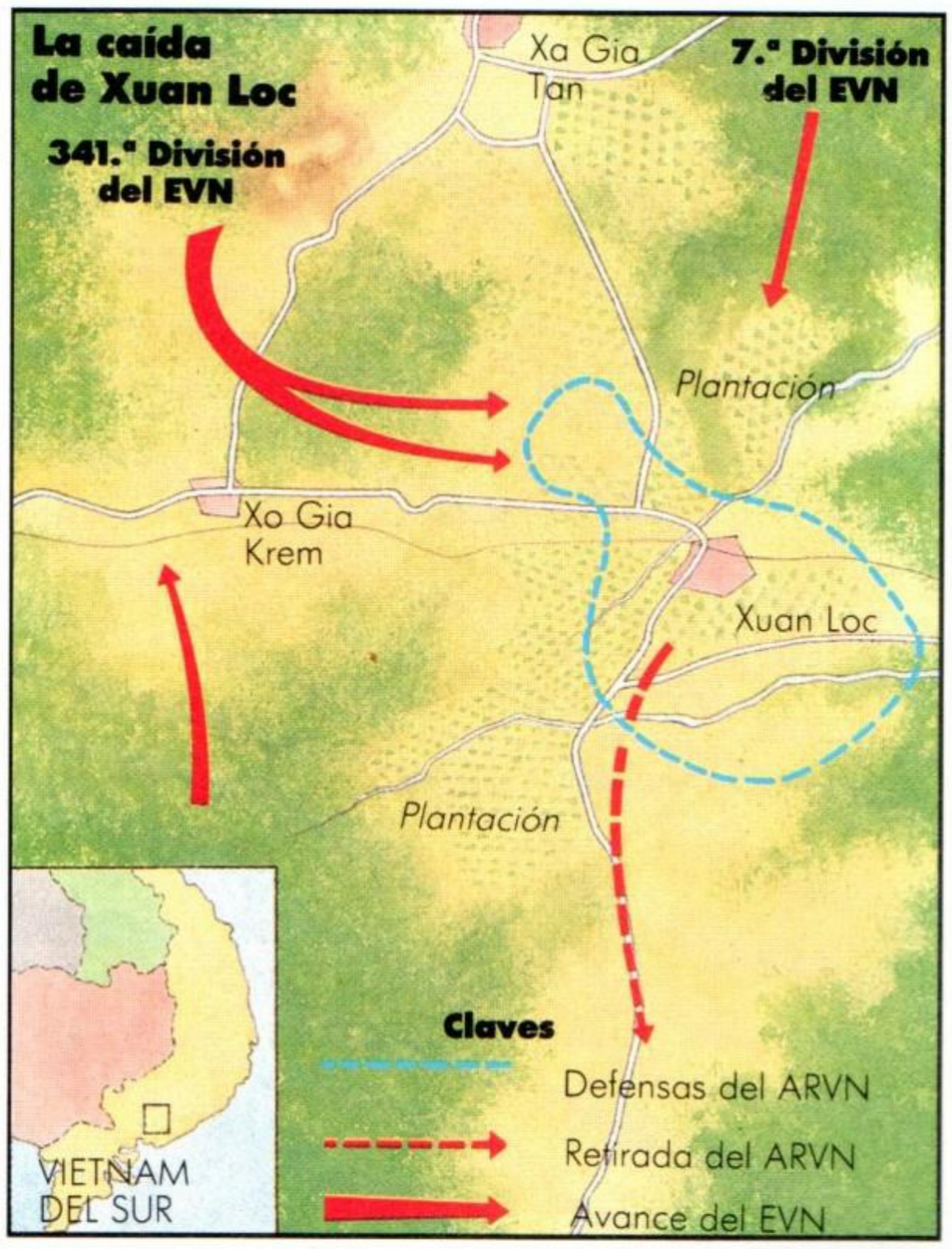
Los periodistas y fotógrafos que cubrían los últimos días de la guerra encontraron aquello muy distinto de cuando los norteamericanos estaban allí. Ya no estaban las instalaciones de las fuerzas estadounidenses: ningún chaleco antibala, ningún casco de acero y ningún transporte aéreo para llevarlo a uno al frente. En lugar de ello, había que coger taxis a la puerta del hotel. Si se llegaba a un acuerdo con el taxista, éste lo podía llevar a uno a Xuan Loc, que ahora estaba asediada y bajo ataque, intensamente bombardeada por las fuerzas comunistas.

Mientras iba hacia el norte encontré la Carretera 1 llena de gente, refugiados que se dirigían hacia el sur y huían del avance comunista. Viajaban a pie o, si tenían suerte, en destartalados coches, motocicletas y taxis de tres ruedas.

TESTIMONIO

El autor, Terry Fincher, fue reportero y fotógrafo del grupo *Express* durante la guerra de Vietnam. Cubrió la caída de Xuan Loc.

BATALLA EN LA CARRETERA 1



Ricos y pobres habían cargado todas las pertenencias que podían llevar en cualquier transporte disponible. Subidos en lo alto iban los niños y los ancianos. Algunos de los refugiados no llevaban nada, ni siquiera zapatos para librarse del abrasador calor de la Carretera 1.

Había algunos controles a lo largo de la carretera a Xuan Loc, donde se comprobaban los documentos una y otra vez. No era sino otra inútil orden burocrática en medio del caos y las penalidades.

En un gran espacio abierto en las afueras de la última aldea antes de Xuan Loc, grandes helicópteros Sikorsky dejados en el país por los norteamericanos desembarcaban más heridos: más refugiados que se unían al éxodo hacia el sur tras haber sido retirados del combate.

En helicóptero

Las tropas sudvietnamitas también estaban allí esperando ser trasladadas en helicóptero a la ciudad asediada. Parecían jovencísimos, con sus limpios uniformes aún sin manchar por el polvo rojo que lo cubría todo.

También había un oficial nordvietnamita muerto, que yacía sobre una camilla. Su brazo, rígido por el *rigor mortis*, estaba levantado en mitad de la polvareda originada por el helicóptero que se arremolinaba en torno a él. Los soldados y niños se de-

Página anterior: Ensangrentados y confusos, los heridos de Xuan Loc. Abajo: Soldados del EVN, capturados durante lo más intenso del combate. La lucha se recrudeció durante dos semanas, en que las tropas del ARVN y las bombas de racimo de la Fuerza Aérea sudvietnamita infligieron numerosas bajas al EVN. Hasta el general Van Thien Dung admitió que el ARVN fue en Xuan Loc un "enemigo desesperado o intransigente".

tenían y miraban con indiferencia a su ahora inerme enemigo.

Mientras avanzábamos sin cesar tan lejos como podíamos, algo nos avisó de que era peligroso continuar. Se podía oír el fuego de proyectiles por delante y la carretera estaba desierta excepto por algún refugiado rezagado que corría apresuradamente. Conmigo estaban dos colegas del londinense *Sunday Times*, Philip Jacobson y el fotógrafo Steve Brodie.

Salimos de nuestro coche y vimos una compañía de soldados sudvietnamitas que corría por la carretera. También parecían muy jóvenes y, al igual que los otros, muy limpios, como si acabasen de llegar al frente. Fue entonces cuando unos proyectiles explosionaron cerca nuestro. Fuimos los primeros en tirarnos al suelo; la reacción de los soldados fue mucho más lenta que la nuestra.

Pronto se refugiaron en una plantación de caucho, diseminados y menos expuestos. Volvimos corriendo a nuestro taxi pero tuvimos que lanzarnos a una zanja junto con nuestro conductor al tiempo que caían más granadas de mortero. Era completamente inútil intentar continuar, pues estaba claro que a partir de ese punto la carretera estaba en manos de los comunistas y que éstos apuntaban sobre nuestra posición.

Volver a nuestro destartalado y viejo taxi, un gran Chevrolet automático, resultó una amarga experiencia. El conductor había ahogado el motor en su ansia por salir de allí y sólo pudimos retirarnos en pequeños saltos, pues el coche se calaba con frecuencia. Pasamos junto al cuerpo de un refugiado que yacía al lado de la carretera, enganchado en su bicicleta. Seguro que no había estado allí antes.

Durante varios días hicimos el mismo viaje, volviendo cada tarde a Saigón. Pero al menos nosotros podíamos tomarnos un respiro y refrescarnos, a diferencia de los refugiados.

Una mañana estaba desayunando con Sandy Gall, el reportero británico de televisión, en la terraza restaurante del hotel Caravelle. Blancos manteles, brillantes cubiertos y delicadas flores decoraban las mesas. El ritual del té y tostadas hacía parecer la guerra una especie de película surrealista. Saigón estaba como siempre: una cálida neblina matinal filtraba los rayos del sol a través de las ventanas abiertas y se podía oír el ruido de los primeros vehículos del día abajo en la calle. La vida parecía transcurrir con absoluta normalidad.

Al norte en taxi

De pronto pasó un A-37 silbando por encima de la ciudad, no mucho más alto que nuestra terraza. Cuando desapareció en la distancia, por encima del Palacio Presidencial, nos preguntamos que estaría pasando. Alguien indicó que sería "para levantar la moral".

Una vez más llegó el A-37 volando bajo, sólo que esta vez disparaba sus cañones. Apenas tuvimos tiempo de asustarnos cuando lo vimos lanzar una bomba de alto explosivo sobre el palacio. Todo el que tenía un arma empezó a disparar en un vano intento de derribar al avión y a su piloto —evidentemente un desertor— que pronto estaría aterrizando en el aeropuerto de Da Nang, ya en manos comunistas.

Al cabo de hora y media estaba de nuevo abriéndome paso hacia el norte en taxi por la Carretera 1 rumbo a Xuan Loc. Sin embargo, esta vez el frente estaba un poco más cerca de Saigón y era imposible llegar a la ciudad asediada.

Finalmente, la presión ejercida por los periodistas obligó a los militares sudvietnamitas a fletar un helicóptero. Se decidió que sólo irían 25 periodistas —incluyéndome a mí— y que un oficial del ARVN nos acompañaría. Éste indicó los peligros existentes, pues estaríamos volando bajo sobre territorio enemigo. Además, la propia localidad estaba siendo bombardeada intensamente. Miles de proyectiles

Arriba: Mientras 40 000 soldados nordvietnamitas rodean Xuan Loc, los refugiados huyen por millares. Cuando cayó Xuan Loc y Saigón quedó sola, el presidente Thieu dimitió y el Sur suplicó un alto el fuego. Pero no se produjo. Con cualquier tipo de transporte, desde carretillas hasta bicicletas, los refugiados cargaron sus cosas y huyeron, aunque sin saber a dónde.

CAPÍTULO 106

habían caído cerca de la catedral con la consiguiente destrucción de una considerable parte del centro de la ciudad.

Volábamos bajo y rápido a la altura de los árboles, y aterrizamos en una polvorienta carretera en las afueras de la ciudad. Grandes nubes de polvo llenaban el caldeado aire mientras los helicópteros traían suministros y evacuaban a los heridos y a los ansiosos y confundidos civiles vietnamitas del sur que no tenían idea sobre dónde los trasladaría el helicóptero y qué sería de ellos en adelante.

Viaje en camión

Nos llevaron en camión en un recorrido por la zona que rodeaba la catedral; pasamos junto a edificios en ruinas que se derrumbaban a raíz de los feroces bombardeos.

En la plaza del mercado, un prisionero nordvietnamita herido estaba siendo tratado por un soldado sudvietnamita y en una plantación de caucho en las afueras de la ciudad había prisioneros, con los ojos vendados, sentados en la tierra roja.

Tras recibir instrucciones en primera línea de un oficial cuyo ojeroso rostro mostraba la tensión soportada, llegó la hora de salir de Xuan Loc y reunirse con nuestro helicóptero. Hubo empujones y zarandeos desesperados cuando los refugiados y soldados heridos intentaban abordar los helicópteros. Nuestro oficial guía ya estaba a bordo y nos gri-

Izquierda: Esta madre vietnamita consiguió subir a bordo del helicóptero pero no puede sentir alivio ninguno, pues su hija quedó atrás. Aún así, estos vietnamitas eran los escogidos entre muchos: habían logrado algo que otros miles no consiguieron. Ansiosos y confundidos, los refugiados no tienen idea de a dónde les lleva el helicóptero y menos aún de qué les espera cuando lleguen allí.

¿ABANDONADOS POR EE UU?

Gran parte de la culpa del derrumbamiento final de Vietnam del Sur ha sido de Estados Unidos y de su fracaso al no ir en ayuda del Sur cuando le necesitó. Pero, ¿es tan simple esta explicación?

"Hoy, los norteamericanos pueden recuperar el orgullo que tenían antes de Vietnam. Pero ello no se puede conseguir luchando en una guerra que está acabada. Estos acontecimientos, trágicos como son, no anuncian ni el fin del mundo ni el fin del liderazgo de América en el mundo."

Con estas palabras, el presidente Ford, en un discurso el 23 de abril de 1975, una semana antes de la caída de Saigón, parecía estar relegando Vietnam a los libros de historia.

Desde el principio de la crisis que culminaría con la caída de Saigón, los líderes sudvietnamitas se habían aferrado a la esperanza de que los norteamericanos, de algún modo, los salvarían. En 1972, los ataques comunistas fueron detenidos por el poder aéreo estadounidense; tres años después, se esperaba una actuación similar, en la línea de las promesas hechas por el presidente Nixon durante los Acuerdos de París a principios de 1973.

Pero la política norteamericana había cambiado desde entonces. Nixon, acosado por el escándalo Watergate, había dimitido en agosto de 1974 y su sucesor, Gerald Ford, no estaba en posición de ofrecer apoyo militar directo al Sur, ni aunque lo desease. La opinión pública norteamericana, aliviada por el aparente final de la guerra en 1973, parecía poco propensa a respaldar un nuevo envía de fuerzas al Sudeste asiático y esto se reflejaba en la existencia de un Congreso hostil a dicha acción. Las críticas a la política norteamericana por esta crisis en la historia de Vietnam del Sur señalaban al Acta de Poderes de Guerra de noviembre de 1973 y los recortes impuestos por el Congreso a la asistencia económica al Sur, que redujo una petición de la administración de Ford de 1 450 millones de dólares para el año fiscal 1974-75 a 700 millones, como prueba de que era sobre todo el antagonismo en el Congreso lo que, en última instancia, condenaba al Sur.

Pero eso aún es demasiado simplista. Para empezar, el Congreso sólo reflejaba la opinión estadounidense, por entonces estaba fuertemente en contra de cualquier prolongación de la participación norteamericana en el Sudeste asiático. De hecho, este reflejo de la opinión pública se puede ver en todas las ramas de la maquinaria gubernamental estadounidense, desde el Pentágono hasta el propio Ejecutivo.

En marzo de 1975, el presidente Thieu viajó a Washington para exponer su caso en persona. Aunque recibió una respuesta favorable de Ford y el apoyo del jefe del Estado Mayor del Ejército, general Weyand (quien, después de una visita a Saigón, pidió un envío urgente de 722 millones de dólares), la misión de Thieu terminó en fracaso. Es significativo, sin embargo, que el apoyo sugerido por los grupos de poder estadounidenses era puramente financiero. No hubo ninguna sugerencia referente al despliegue del potencial aéreo norteamericano, que había sido tan efectivo al detener la Invasión de Pascua en 1972.

La verdad del caso es que Vietnam del Sur sólo podía culparse a él mismo por la situación en que ahora se encontraba. En 1973 el ARVN había estado en una posición relativamente fuerte. Pero la mezcla de ineficacia, complacencia y la corrupción que ya era endémica a todos los niveles tanto militares como gubernamentales habían erosionado cualquier fuerza que pudiera tener el ARVN. Mientras Thieu suplicaba ayuda adicional, había inmensas cantidades de equipo norteamericano que se malgastaba lentamente en Vietnam del Sur, deteriorándose rápidamente por la falta de mantenimiento y por la corrupción. (Para ser justos hay que decir que también en Estados Unidos había similares cantidades condenadas a permanecer allí por la falta de interés y los obstáculos burocráticos.)

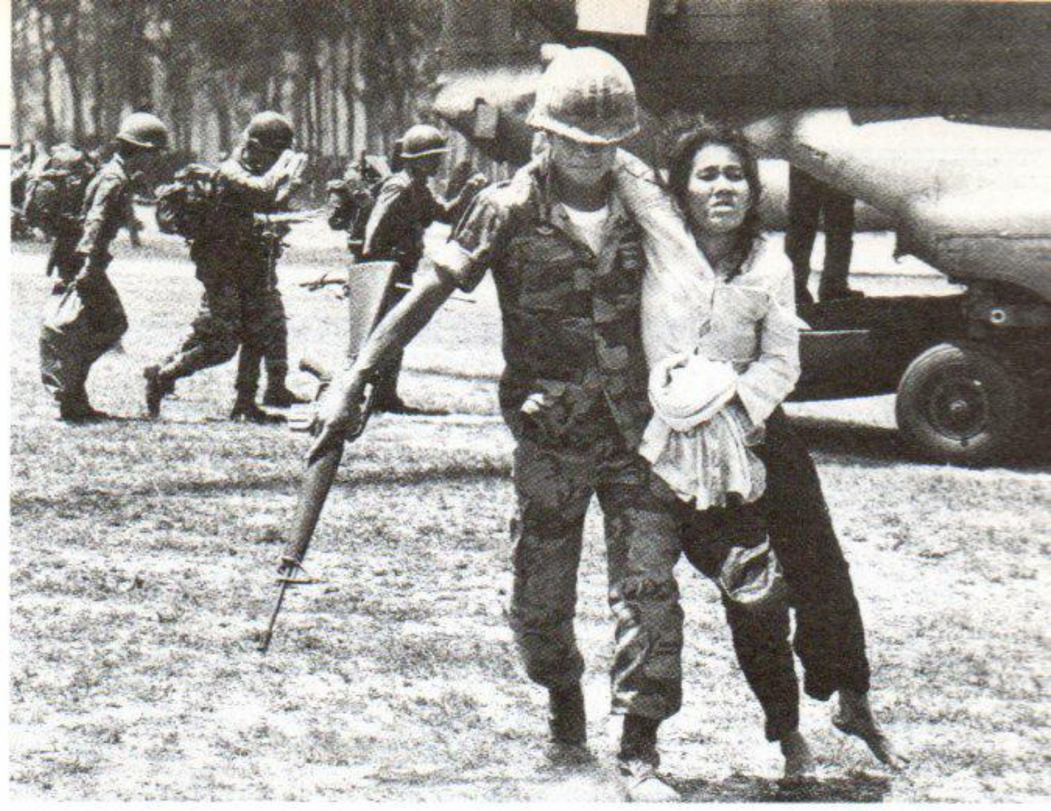
La conclusión inevitable es que Estados Unidos, herido internamente y desmoralizado por diez años de infructuosa guerra y por los escándalos políticos que se debieron en gran parte a la misma, no estaba dispuesto en ningún modo a tirar el dinero bueno sobre dinero podrido y a dejar solos a más jóvenes norteamericanos. En 1975, Vietnam del Sur estaba condenado y, aunque de mala gana, Estados Unidos reconoció este hecho.

taba por encima del ruido del motor diciéndonos que subiésemos.

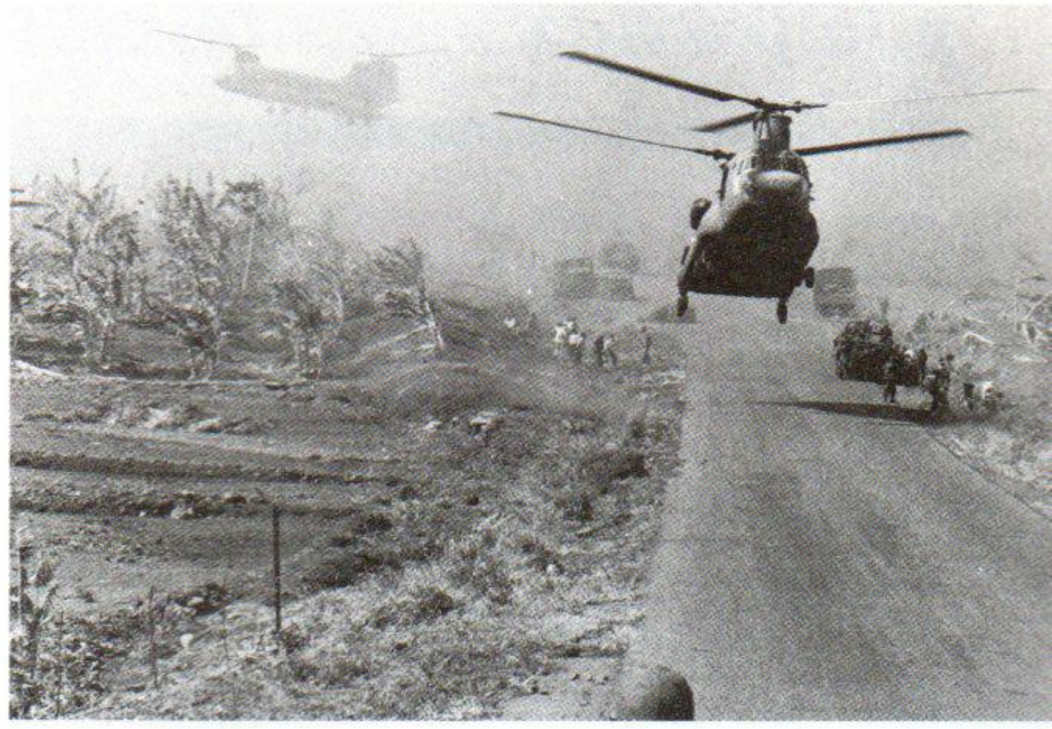
Subí y empecé a ayudar a meter niños y jovencitos en el helicóptero cuando, de repente, éste despegó. La gente seguía intentando subir. como fuese. Algunos cayeron, incluida una niña pequeña que había estado colgando de la superestructura. Su asustada madre hubo de ser sujetada por otros refugiados para que no se arrojase desde el helicóptero mientras éste ganaba altura. Me sentí culpable. —¿Debía haberme quedado en tierra ayudando a subir a más niños a bordo? Saqué mi camara y empecé a tomar fotos de la mujer. Tenía que hacer algo para esconder mis sentimientos.

De vuelta a Saigón, los últimos días de la guerra ya estaban muy cerca. Las oficinas de las líneas aéreas estaban llenas de gente rica que intentaba huir a como diera lugar. El día que cayó Xuan Loc salí de Saigón rumbo a casa vía Bangkok, una ciudad repleta de turistas que disfrutaban la vida de lujo de los hoteles y de todas las diversiones que ofrece un viaje de vacaciones a Extremo Oriente.

Yo iba cargado de trágicos recuerdos: la situación de los refugiados, sus penalidades y la pérdida de seres queridos, una tragedia que sigue teniendo lugar hoy en día.



Superior, derecha: Un soldado del ARVN ayuda a una mujer herida mientras sus compañeros suben a bordo de un Chinook. Derecha: Se levanta el polvo y los árboles se comban cuando aterriza otro Chinook. Había enjambres de helicópteros en los cielos, pero no eran suficientes. Abajo: Más heridos son evacuados de Xuan Loc. Sin el apoyo aéreo norteamericano, la ciudad estaba condenada.



CAPÍTULO 107

El optimismo que había sostenido a Saigón durante la guerra se había desvanecido, barrido por las noticias del inexorable avance enemigo. Los carros de combate del Ejército nordvietnamita estaban a las puertas y la partida había terminado

En abril de 1975, en Saigón, corríamos. Corríamos en busca de noticias, de refugio, de rumores, de planes de fuga, de esperanzas. En todas partes era la misma historia: confusión, pánico, ansiedad. El tiempo se terminaba. La ciudad estaba rodeada, los proyectiles y cohetes caían sobre las afueras. Pronto sería el aeropuerto, pero el río seguía abierto. Se decía que la gente se iba en barcas. ¿Qué debíamos hacer? ¿Debíamos esperar? ¿Debíamos aprovechar ahora? ¿Qué camino debíamos tomar? Se elaboraban, modificaban y descartaban planes. Se intercambiaban confidencias y se contaba el dinero, pero nadie sabía qué hacer. La guerra llegaba a su fin.

LA CAIDA DE

TESTIMONIO

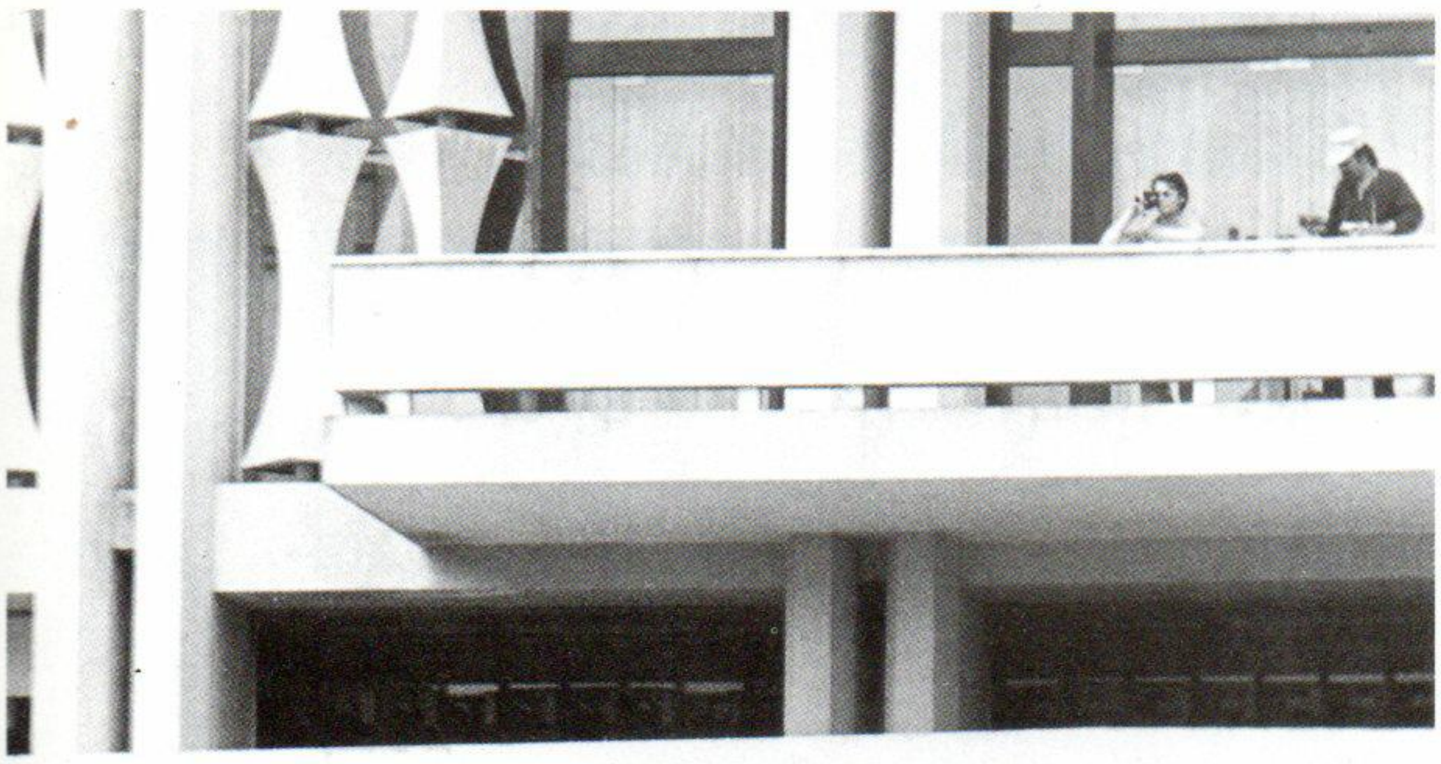
Testigo de los últimos días de Saigón, el autor es un miembro de la comunidad vietnamita expatriada y desea permanecer en el anonimato.

EL FIN DEL SUR

Los ejércitos del Norte habían batido el país y ahora sus carros de combate estaban justo a las afueras de la misma ciudad. Desde ella habíamos podido seguir su aplastante avance durante varias semanas mediante banderitas en un mapa. Cada día, más banderitas se volvían rojas hasta que, por fin, nosotros éramos la única banderita gubernamental. El enemigo estaba a las puertas.

Hubo un día que marcó lo inevitable del derrumbamiento. Cuando llegó, la gente vio la realidad del desastre. Fue el lunes 21 de abril, el día en que dimitió el presidente Thieu. La situación era tan desesperada que ya no había ningún punto representativo del poder. Si Thieu abandonaba ya no quedaba esperanza alguna para nosotros que nos sentíamos traicionados.

SAIGON



Abajo: La mañana del 30 de abril, el primer carro del EVN sigue a los abanderados hasta las escaleras del Palacio Presidencial. Abajo, izquierda: La victoria es de los hombres del Norte.

En su discurso de dimisión, de dos horas, Thieu dijo que los norteamericanos habían pagado por la guerra con dinero mientras que nosotros, los vietnamitas, habíamos pagado con sangre. ¿Por qué no compartían los norteamericanos el sacrificio? La gente encajó esto en el sentido de que habíamos luchado porque los norteamericanos nos habían pagado para ello. Esto nos enfureció. Pero también nos aterrorizó, pues el único hombre que sabía realmente lo que estaba pasando abandonaba su puesto. Aquel mismo día, la ciudad asediada de Xuan Loc había caído finalmente bajo el Norte.

Sin embargo, incluso antes de la dimisión de Thieu, la gente sabía que la situación empeoraba rápidamente. Desde el inicio de la ofensiva del Norte el 10 de marzo, en que las divisiones del choque del EVN invadieron la ciudad de Ban Me Thuot, las noticias habían sido todas malas. Nuestro propio Ejército simplemente se desmoronaba ante el avance. Las ciudades provinciales caían o se rendían: Hué, Da Nang, Pleikú, Kontum. En nuestro mapa, veíamos cómo se disolvían las áreas gubernamentales que quedaron en el alto el fuego de 1972 (las "manchas de leopardo"). Cada día, especulábamos sobre las concesiones políticas y territoriales que haría el gobierno para salvar lo que quedaba del Sur. Pero el avance continuaba implacable.

Noticias malas y peores

Durante todo el mes de abril, supimos que el Congreso estadounidense estaba retardando la entrega de una ayuda militar de emergencia de 722 millones de dólares, pero cuando vimos que el último lote de piezas de artillería llegaba sin municiones, el Ejército perdió toda esperanza. Estábamos hambrientos de noticias, escuchando la *Voz de América*, la *BBC*, los servicios informativos australianos, etcétera. Cada oleada de refugiados traía noticias frescas sobre las provincias y el miedo se intensificaba. Saigón hervía de rumores. Y mientras empeoraban las cosas, los rumores se hacían más fantásticos.

Todos hablaban de un baño de sangre. Los comunistas matarían a todos los civiles y los periodistas. Pensábamos que, para ellos, los periodistas serían los primeros en marcharse, porque estos profesionales eran considerados una extensión de la guerra psicológica.

Los comunistas confiscarían el dinero, dejando sólo un poco para igualarnos a todos. Obligarían a todas las mujeres solteras a casarse con soldados comunistas, sobre todo con los heridos. Y las uñas pintadas de las mujeres serían arrancadas para que no viviesen más en una frívola sociedad capitalista.

Aunque temíamos al enemigo, los verdaderos demonios eran nuestros propios soldados, los mismos que se suponía debían protegernos. Los refugiados contaban como habían sido arrojados fuera de la carretera por soldados conduciendo vehículos robados, huyendo del frente. Se contaban historias de asesinatos, violaciones y robos a civiles mientras los infantes de marina se abrían paso a tiros hasta los barcos que iban al sur. En la isla de Puh Quoc, una área de descanso para los refugiados de Saigón —se les mantenía allí por miedo a los infiltrados comunistas— el coronel al mando detuvo a un infante de marina que desembarcó, se le registró y se descubrió sus brazos cubiertos de relojes de pulsera. Ordenó fusilarlo como ejemplo.

CAPÍTULO 107

Otro siniestro agüero de que la guerra llegaba a Saigón fue el bombardeo del palacio presidencial. Una mañana temprano, un reactor A-37 pilotado por un oficial desertor de la Fuerza Aérea sudvietnamita efectuó tres pasadas y atacó al palacio en la última. No hubo muchos daños, Thieu salió ileso, pero la moral se vino abajo. Los precios subieron de modo alarmante en Saigón conforme empeoraban las noticias. Cuando supimos que los norteamericanos cortaban su ayuda, la gente empezó a acumular provisiones: algunos para especular en futuros períodos de escasez, otros simplemente para gastar todo el dinero, pues ya no serviría de nada bajo el régimen comunista. Durante todo este tiempo, las tiendas y restaurantes permanecían abiertos y estaban repletos de gente. Los clientes se sentaban y miraban, sorbiendo interminablemente sus cafés y esperando.

Muchos se suicidaron por desesperación; entre ellos estaban quienes habían abandonado el Norte 20 años antes. Temían ser objetos de crueles venganzas.

En semejante clima, era difícil saber en quién confiar o con quién compartir un plan de huida. Te podían robar o estafar, o podías dar con alguien que te denunciaría a los comunistas después de la caída. Pero se necesitaban contactos, personas que conociesen a otras personas fiables que pudiesen conseguirle a uno un pasaje en una embarcación o un avión. Se organizaban visados de salida y pasaportes. Todos los días uno corría por la ciudad camino del trabajo —la gente seguía yendo al trabajo pero, por supuesto, no había ningún trabajo que hacer—, corría para ver a la familia, para ver a los amigos, para reunirse con contactos, para ver, para oír, para tranquilizarse. Se impuso un toque de queda de 24 horas, pero no tuvo vigencia alguna.

Izquierda: En bañador y con fusiles de asalto, los partidarios del Vietcong siguen al EVN a Saigón. Abajo: Un T-59 pasa a través de la verja del Palacio Presidencial. A esta ruptura simbólica se sumó la victoria militar. Este edificio fue rebautizado Doc Lap, "El Palacio de la Liberación".

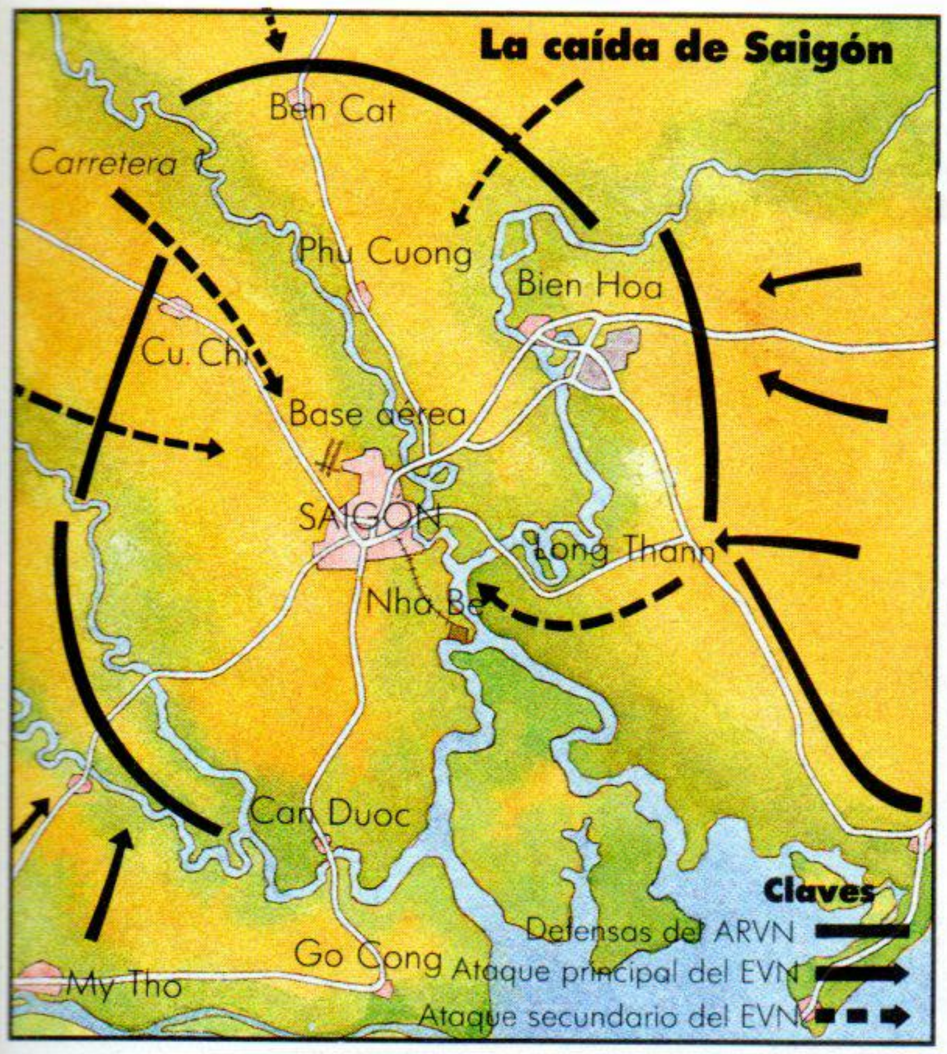
CAE EL TELON

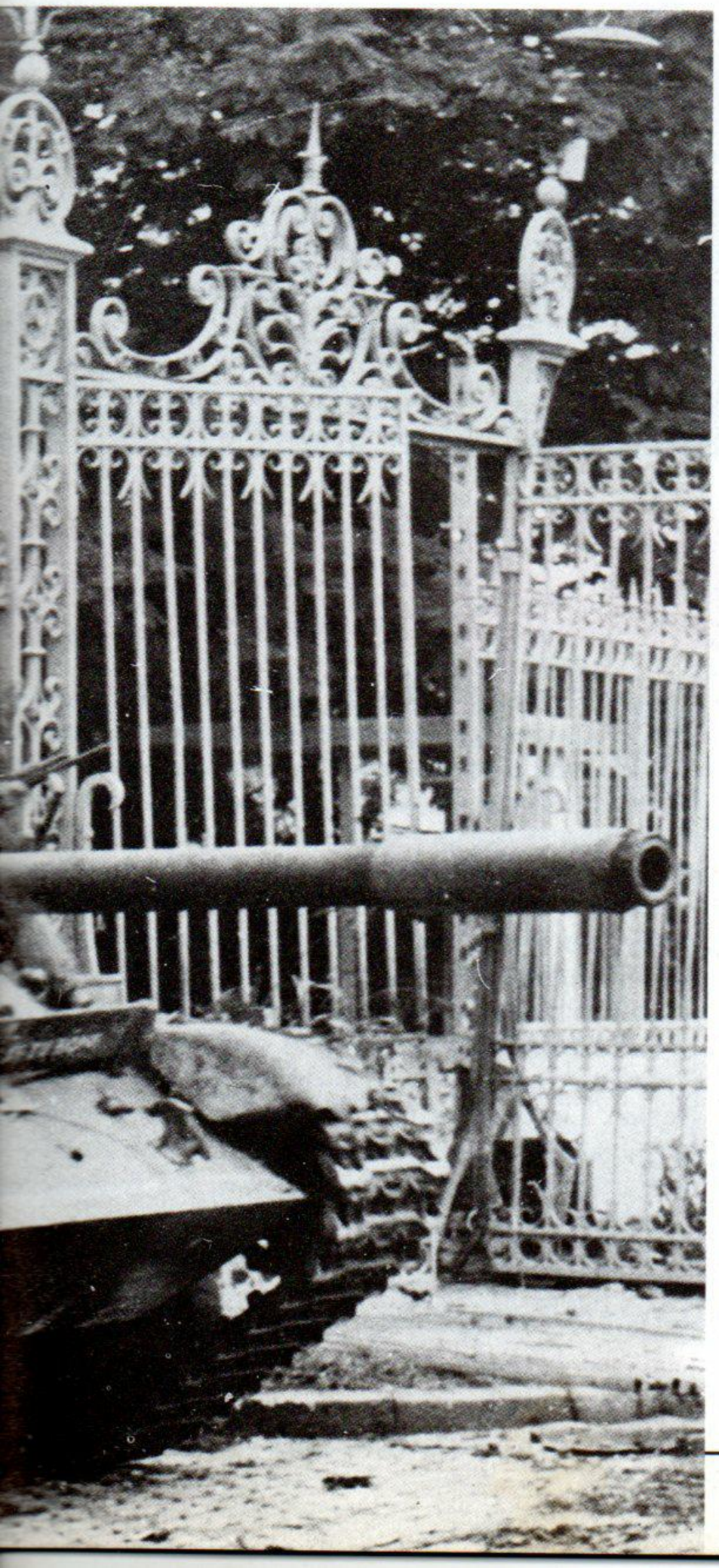
Saigón estaba extrañamente tranquila cuando los últimos helicópteros norteamericanos partieron la mañana del 30 de abril. El pánico de los últimos días había quedado a un lado. Todos esperaban la llegada de los comunistas.

El presidente Duong Van Minh ("Gran Minh"), que había sido nombrado menos de 48 horas antes, esperaba que se pudiera evitar una batalla. El 29 de abril había enviado a sus representantes a reunirse con los comunistas en Tan Son Nhut, con la esperanza de que fuesen posibles las negociaciones ahora que dos de las principales condiciones del Norte —la retirada de todas las tropas norteamericanas y la dimisión de Thieu— se habían cumplido. Quedaría desilusionado. En lugar de negociar, los comunistas introdujeron otra condición: "la disolución de las marionetas militares y la policía". Ming no tuvo más alternativa que obedecer.

A las 10,20 horas del 30 de abril, *Radio Saigón* pidió a la gente que esperase un anuncio del presidente. Pocos momentos después, Minh leyó su discurso: "Creo firmemente en la reconciliación entre todos los vietnamitas. Para evitar un derramamiento de sangre innecesario, pido a los soldados de la República que pongan fin a todas las hostilidades. Tengan calma y permanezcan donde están. Para salvar las vidas de la gente, no abran fuego..."

Mientras estas palabras hacían eco entre las calles de la ciudad gracias a los altavoces, los saqueadores se esfumaron, dejando las calles libres para un avance del EVN. A las 12,15 horas, aparecieron carros de combate T-54 delante del Palacio Presidencial. Un zapador del EVN corrió a la cabeza para plantar su bandera en el balcón presidencial y junto a los oficiales políticos irrumpió en la sala a tiempo de oír el anuncio de Minh: "Les hemos estado esperando para poder transferirles el gobierno". La respuesta fue tajante: "Ustedes no tienen nada que transferir. Pueden rendirse incondicionalmente". Los comunistas habían ganado.





Cuando empezaron a caer los proyectiles y cohetes de 122 mm, podías sentir cómo temblaba la tierra. La gente se echaba al suelo. Los cohetes caían sobre o cerca del aeropuerto y temíamos que no pudiesen salir más aviones. La gente iba en tropel por la carretera para llegar al aeropuerto antes de que lo cerrasen y morían bajo los proyectiles de la artillería: sus cuerpos yacían sobre el polvo durante días. A nadie parecía importarle.

Noche y día podíamos oír cómo los aviones gubernamentales bombardeaban al EVN en las afueras de la ciudad. Ya no había incursiones de los B-52, pero la Fuerza Aérea utilizaba bombas de 250 kg y un arma realmente terrible, la CBU-55. Esta bomba detonaba con una gigantesca explosión que incineraba y reventaba a todos aquellos que estuviesen dentro de una increíble distancia y asfixiaba a quienes estaban aún más lejos al quemar todo el oxígeno de la zona. Era terrible, pero no detuvo la ofensiva.

Cuando la radio norteamericana empezó a emitir unas extrañas notas supimos que era la señal para su tan ansiada evacuación. La gente se dirigió velozmente a los lugares de reunión: la universidad, detrás de la catedral, la Embajada estadounidense.

En la carretera al aeropuerto había coches abandonados con las llaves puestas. Vimos salir a los helicópteros y los transportes C-130, cargados de gente. Con la marcha final de los norteamericanos todo había terminado. Vi a un soldado de una de las unidades de élite de guardia junto al palacio presidencial, con las lágrimas corriéndole por el rostro. Simplemente permanecía en su puesto.

El 30 de abril, el general Minh anunció la rendición por la radio. La guerra estaba perdida. Los soldados se quitaron sus uniformes. Hubo saqueos en masa. Había muchos pobres en Saigón y entraron en las casas de los ricos que se habían marchado. El miedo esconde una fuerza oculta, y pude ver personas realmente pequeñas cargando objetos inmensos: las camas eran las favoritas.

Comunistas en bicicleta

La gasolina era succionada de los coches para venderla inmediatamente en las calles. Aquellos que tenían dinero salieron y compraron una bicicleta, en la creencia de que ésta era un símbolo de la vida sencilla y estaría bien vista por los comunistas, aun cuando las bicicletas fuesen realmente caras. Otros compraban todo lo que veían: leche en polvo, galletas, pequeños lujos que pronto perderían.

Otros simplemente dieron su dinero. Ya no tenía valor. Su mundo había terminado. La ciudad que había sido el centro de sus vidas iba a ser territorio conquistado, ocupado por los invasores. Se sentían doblemente traicionados por sus aliados y después por sus propios líderes, que los habían abandonado. Y ahora ya todo había terminado; seguíamos teniendo miedo, pero había dejado de importarnos. Descendió una sensación de fatalidad sobre todos.

Hubo un extraño sentimiento de alivio después de aquellas semanas de ansiedad creciente. Cuando vimos las primeras tropas comunistas —las criaturas que habíamos temido como si fuesen animales salvajes— quedamos impresionados por lo ridículamente jóvenes que eran. Algunos de nosotros les ofrecimos instintivamente comida, como si fuesen de nuestra propia sangre, que realmente lo eran.

LA CAÍDA DE LA CIUDAD

El 28 de abril de 1975, Saigón estaba rodeada. Mientras un total de 16 divisiones comunistas (140 000 hombres) se acercaban, los defensores —unos 60 000 soldados del ARVN, sacados de lo que quedaba de muchas unidades— fueron presa del pánico. Pocas zonas de la ciudad estaban adecuadamente defendidas y la cohesión militar había prácticamente desaparecido. Los esfuerzos norteamericanos de evacuación, centrados en el aeródromo de Tan Son Nhut, hicieron poco por aliviar la atmósfera de derrota, mientras el nombramiento del general Duong Van Minh como presidente sólo aumentó la desesperación.

El discurso inaugural de Minh, emitido por radio y televisión a la asustada población de la ciudad aquella mañana, hizo nacer una tenue esperanza de negociación, aunque pocos creyeron en ella, sobre todo cuando los pilotos nordvietnamitas, tripulando cazabombarderos A-37 capturados, atacaron Tan Son Nhut pocos minutos después. Aquella tarde, el general Van Thieu Dung, comandante del EVN en el Sur, ordenó el avance final para asegurar la ciudad.

El ataque se inició a las 04,00 horas del 29 de abril, con bombardeos de artillería y cohetes sobre Tan Son Nhut. Los C-130 norteamericanos fueron alcanzados, deteniendo la evacuación por avión. Aunque elementos de la Fuerza Aérea sudvietnamita despegaron bajo el mando del vicepresidente Ky, sólo pudieron hallar unos pocos blancos y pronto se quedaron sin munición ni conbustible. Minh pidió formalmente a los norteamericanos que saliesen de Saigón, esperando que ello persuadiese a los comunistas para entablar negociación, pero su oferta fue rechazada de inmediato.

La evacuación de la Embajada estadounidense se intensificó y, cuando despegó el último CH-46 poco después del amanecer del 30 de abril, el EVN penetró en la ciudad. Encabezado por carros de combate T-54, entró en el Palacio Presidencial a las 11,00 horas, haciéndose con las riendas del gobierno pocos minutos después.

CAPÍTULO 108

OPERACION

Cuando Bing Crosby empezó a cantar* Navidades Blancas, *a pesar de los 40 grados y subiendo, la actividad en la Embajada norteamericana se tornó frenética. Se había puesto en marcha la Opción IV

Arriba: A media tarde del 29 de abril, la multitud desesperada intenta cruzar la alambrada y entrar en el complejo de la Embajada. Las botas, puños y culatazos de los norteamericanos los mantendrán a raya.

Saigón a finales de abril de 1975 era una ciudad de rumores. Rumores de que los norteamericanos habían conseguido un acuerdo de paz de última hora con el Norte, de que se había producido un golpe de estado en Hanoi y el EVN sería retirado, de que llegarían los B-52 y salvarían Saigón como lo habían hecho en 1972. Sin embargo, nada era cierto. Muy en el fondo la gente quizás lo supiera. Todos aquellos que podían huir lo hicieron. Los vuelos comerciales en el aeropuerto estaban completos, cargados con los ricos y todo los que éstos podían llevar. Las compañías norteamericanas habían empezado a retirar a sus empleados en marzo y se fletaron vuelos especiales para los banqueros estadounidenses y sus familias.

Las autoridades norteamericanas habían preparado un plan de emergencia en caso de una invasión del Norte: la Operación "Frequent Wind". También

había un borroso plan para evacuar a las 200 000 personas sudvietnamitas que estarían en peligro si el Norte vencía. No obstante, los planificadores no habían contado con la velocidad con que el EVN llegaría a través del Sur y nunca habían esperado que la retirada final del ARVN se convirtiese en la fuga desordenada en que se había convertido tan rápidamente. Más aún, Graham Martin, el embajador norteamericano en Vietnam del Sur, había decidido —para bien o para mal— retrasar cualquier evacuación hasta el último momento, en la esperanza de evitar que cundiera el pánico. Cuando, en la tercera semana de abril, Washington ordenó por fin la evacuación de todo el personal no esencial, pronto quedó claro que, aunque la cifra se había calculado que habría unos 7 000 estadounidenses necesitados de evacuación, la cifra real se acercaba a los 35 000. Con el ARVN derrumbándose, el tiempo se agotaba.

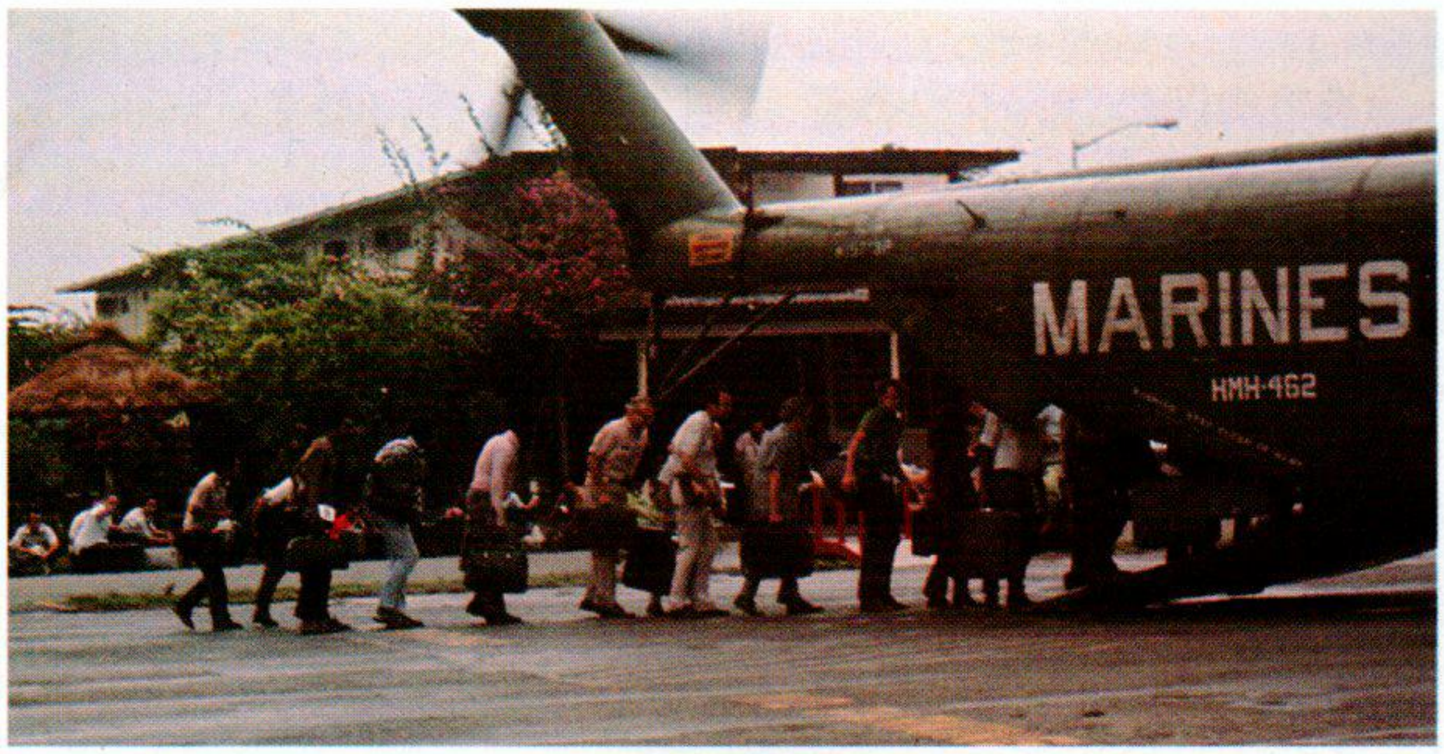
Caos desde el principio

Ken Moorefield era el asesor especial del embajador norteamericano en Saigón y estaba trabajando en la base aérea de Tan Son Nhut de Saigón cuando se aceleró la evacuación el 20 de abril. Así describió las escenas del caos en la base: "Teníamos órdenes de sacar sólo norteamericanos y sus familiares. Al principio incluso intenté que la gente se casara o adoptase niños. El primer día sólo había de 300 a 400 refugiados pero pronto esta cifra subió a miles (...) En cierto sentido, yo seguía luchando. Combatía para conseguir cualquier espacio de maniobra que permitiese salvar vidas".

El EVN se acercaba constantemente. Moorefield continúa: "La gente que estaba en el centro de evacuación ya era presa del pánico. Un pánico terrible. Ya había escapado, en su mayoría, de otras partes del país. Ya había sufrido antes el traumático y dramático derrumbamiento".

Las cosas empezaban a escapársenos de las manos. En Tan Son Nhut había desesperados soldados sudvietnamitas que evidentemente estarían en peligro cuando ganase el Norte. Hubo escenas horribles cuando civiles y soldados luchaban y se empujaban junto a los aviones de evacuación. Muchos pilotos vietnamitas se preocupaban sólo de sí mismos y se marchaban. Enjambres de helicópteros aterrizaban sobre los portaviones estadounidenses en el mar de China Meridional. Cuando sus cubiertas estaban repletas de helicópteros, éstos eran arrojados por la borda. Otros pilotos, al ver que no había espacio disponible para aterrizar, permanecían suspendidos junto a los buques y después saltaban desesperadamente al océano esperando ser recogidos.

A las 04,00 horas de la mañana del 29 de abril de 1975, el EVN empezó a bombardear la propia Saigón. Las explosiones despertaron a Moorefield y volvió al aeródromo: "Cuando llegué allí, estaban bombardeando la base con cohetes. Los aviones y helicópteros intentaban despegar para escapar (...) La ciudad estaba en llamas, los comunistas la tenían rodeada con misiles. Nos dimos cuenta de que nos quedaban horas, si no minutos".



LAS CONSECUENCIAS

Lo primero que llamó la atención de los periodistas occidentales que quedaban en Saigón fue el silencio. "Gran Minh" había emitido la rendición por radio a las 10,20 del 30 de abril y pronto las calles estaban llenas de uniformes abandonados mientras los soldados y los policías volvían a la vida civil. Las banderas del Norte empezaron a aparecer mientras los carros y después la infantería de la 324.ª División del EVN entraban en Saigón. Un solo carro echó abajo las puertas del Palacio Presidencial a las 12,15, repitiendo amablemente la escena más tarde para que los cámaras occidentales pudiesen registrarla.

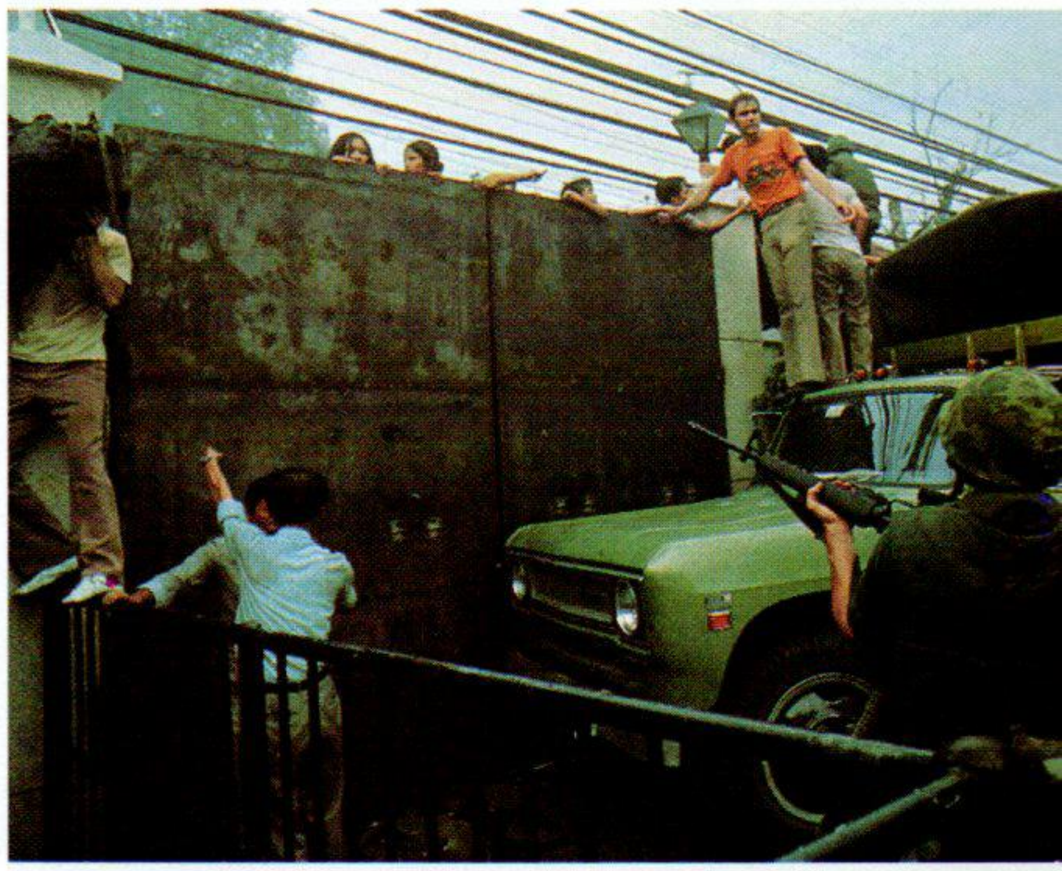
Empezaron a aparecer políticos comunistas: cuatro de ellos se hicieron cargo del edificio para impedir que se destruyesen los reveladores archivos de los funcionarios sudvietnamitas.

El recuerdo de las masacres en Hué en 1968 había provocado miedo a un baño de sangre en Saigón, pero éste no tuvo lugar. Por el contrario, las muchedumbres se mezclaron con los jóvenes soldados del Norte, que estaban asimilando nuevas visiones y sonidos. Los traficantes del mercado negro siguieron haciendo negocio y los soldados acamparon en las calles.

La emisión de radio que anunció que Saigón era ahora Ciudad Ho Chi Minh produjo sin embargo un abrupto cambio. El 1 de mayo, los bares, burdeles y todos los lugares "con actividades tipo americano" fueron cerrados.

Apareció un periódico comunista, el *Giai Phong*, el 5 de mayo, se inició un censo de habitantes y el registro de los partidarios del antiguo régimen se anunció el 6 de mayo. A pesar de todas las esperanzas ya no sería, después de todo, como en los viejos tiempos.

FREQUENT WIND



Arriba: Norteamericanos embarcan en el vuelo, de edición limitada, a la salvación. Derecha: Desde el interior de la Embajada, soldados norteamericanos actúan como embajadores exclusivos: unos pocos afortunados salen mientras que otros muchos, menos afortunados, se quedan ante un negro futuro.

CAPÍTULO 108

¿ABANDONADOS A SU DESTINO?

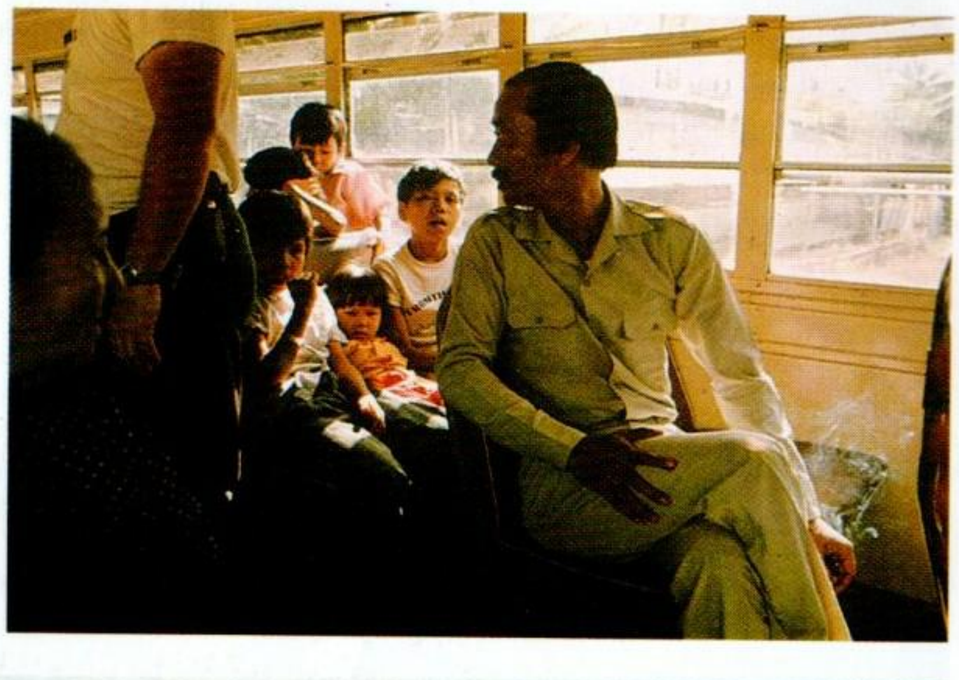
El 29 y 30 de abril los norteamericanos evacuaron aproximadamente 8 000 personas de las azoteas de Saigón, pero muchos sudvietnamitas que habían ayudado a los norteamericanos y que podían ser potencial objeto de ejecuciones fueron abandonados. ¿Por qué?

El embajador norteamericano en Saigón, Graham Martin, declaró después que 22 294 sudvietnamitas empleados en agencias norteamericanas fueran evacuados del país en abril de 1975. Sin embargo esto era menos de la cuarta parte de los 90 000 empleados aproximadamente, excluyendo a los tenderos. Por ejemplo, de 1 900 empleados vietnamitas de la CIA, sólo 577 escaparon y sólo 218 de los 1 122 del Asistente Especial del Embajador para Operaciones de Campaña (SAFFO), el sucesor del CORDS, salieron. Todavía peor, en la confusión de la huida, toneladas de importantes documentos con nombres de empleados norteamericanos quedaron intactos.

Muchos sudvietnamitas de "alto riesgo" quedaron atrás, incluidos miembros de la Rama Especial de la Policía, la Organización Central de Inteligencia (CIO), desertores y agentes antiterroristas del Programa "Phoenix". De hecho, en los últimos frenéticos momentos de la evacuación, destacados políticos sudvietnamitas y un general surcoreano fueron abandonados en la Embajada, mientras otros que corrían menos peligro, como chicas de alterne, fueron evacuados.

El hecho de que tantos empleados escapasen se debió a los esfuerzos de algunas personas, como el asesor de Defensa norteamericano, el general Homer Smith, al burlar a la policía oficial organizando "patrullas negras" ilegales. La dificultad aumentó porque el secretario de estado Kissinger y el embajador Martin frustraron los planes de evacuación hasta que fue demasiado tarde. Kissinger buscaba aún un compromiso en las negociaciones diplomáticas con Hanoi mientras que Martin estaba decidido a mantener la ilusión de apoyo norteamericano para Vietnam del Sur por temor a provocar un final aún más rápido.

El Servicio de Inmigración y Naturalización estadounidense estaba también preocupado por tener que relajar sus normas para permitir la entrada de grandes cantidades de refugiados en un momento en que la economía norteamericana estaba en recesión. El asunto se complicó aún más porque, hasta el 25 de abril, el Congreso estuvo en contra de cualquier sugerencia de que se exigiese presencia militar norteamericana para permitir una evacuación ordenada. Sólo el Departamento de Estado y Comandante en Jefe del Mando del Pacífico (CINPAC) presionaron a Martin para que actuase, mientras el presidente Ford autorizaba cobertura militar para la evacuación sin la aprobación del Congreso.



Izquierda: El vicepresidente Ky con su familia rumbo al aeródromo de Tam Son Nhut. Abajo, izquierda: Una flotilla de embarcaciones vietnamitas se abre paso hacia la flota estadounidense. Derecha: Un helicóptero es arrojado por la borda del buque de mando anfibio *Blue Ridge* para dejar sitio a otros que esperan aterrizar durante las últimas fases de "Frequent Wind".

Las noticias acerca de los ataques con cohetes sobre el aeropuerto originaron una serie de reuniones de emergencia al más alto nivel en Washington. Al cabo de varias horas llegó la orden del presidente Ford: Martin debía evacuar a todos los norteamericanos que quedaban en Saigón. Éste visitó a Tan Son Nhut y vio el caos. Era suficiente. El general Homer Smith le dijo: "O damos paso a la Opción Cuatro o pareceremos estúpidos y muertos".

Caballería en helicópteros

Tan pronto como Martin dio paso a la evacuación final, un total de 81 helicópteros llegó de la flota estadounidense —que había sido cuidadosamente concentrada junto a la costa— al aeropuerto de Tan Son Nhut, que por entonces estaba bajo un esporádico fuego de francotiradores nordvietnamitas. El bombardeo había hecho imposible el aterrizaje de aviones y la llegada de los helicópteros ocasionó una explosión de verdadera alegría. Se desembarcó una fuerza de 865 marine para asegurar la zona. Después, a pesar de la preocupación de que el EVN pudiese lanzar misiles SAM en cualquier momento contra los helicópteros, la evacuación continuó. Cuando los aparatos volaron hacia el sudoeste sobre los barracones reservados para las familias de soldados del ARVN, recibieron fuego de fusiles M-16 y de lanzagranadas M-79. El vuelo acababa de empezar. Pero no se hizo sin su correspondiente toque burocrático. Por ejemplo, Martin no permitió a los empleados locales de la IBM que se marchasen, debido a que tenían que ¡procesar la nómina de los miembros del gobierno de Saigón!

A las 19,30 horas los helicópteros, que habían estado volando continuamente hacia y desde los portaviones, habían conseguido sacar casi a todas las personas. Cuarenta minutos después de dejar el suelo vietnamita, los evacuados estaban a bordo de un portaviones de la Armada estadounidense.

Todo lo que se podía hacer ya era completar la evacuación sacando a todos los de la Embajada norteamericana. Moorefield había estado buscando a los rezagados y, por la tarde, estaba fuera del edificio, en medio de miles de vietnamitas que intentaban desesperadamente abrirse paso hacia el interior. Así lo describe: "Finalmente me abrí paso a empujones entre la multitud y llegué hasta la puerta delantera. Llamé la atención de uno de los marine de guardia, que abrió la cancela. Me deslicé al interior. El resto de la tarde y durante el anochecer, intenté ver qué hacía falta y ayudé a que algunos saltaran el muro posterior. La evacuación en helicóptero estaba en marcha".

Sitio en la azotea

Los helicópteros tuvieron que aterrizar en la azotea de la Embajada y esto causó más problemas: "Tenemos que luchar con una corriente de 150 km/h producida por el rotor y no hay rejilla de protección. Para las personas que estaban cansadas, fatigadas o desorientadas, era muy peligroso. Uno de nuestros marine había caído del patín del helicóptero sobre la azotea, rompiéndose el cráneo.

"Pasé el resto de la noche allí. Durante las horas matinales tuve tiempo de sobra para pensar. Había una extraña calma y ocasión para reflexionar. Para reflexionar sobre la verdadera magnitud de los daños y las pérdidas."

El fotógrafo de la *Associated Press* Neal Ulevich también se vio en medio de la muchedumbre fuera de la Embajada mientras empezaba la evacuación: "Sabíamos que los marine nos sacarían. Teníamos que acercarnos. Miles de vietnamitas estaban en el muro, esperando trepar por él y llegar hasta un helicóptero. Los marine los empujaban hacia atrás para impedir que invadiesen la embajada, permitiendo sólo el paso a los occidentales y unos pocos funcionarios de Saigón.

"Los vietnamitas empezaron a pasar por encima de la alambrada en lo alto del muro, como si fueran comandos. A un hombre se le enganchó una pierna y cayó. Quedó colgando boca abajo de una pierna lacerada.

"Los marine nos vieron. Nuestro grupo se acercó más, a empujones. La multitud también apretaba más. Una jovencita medio americana, quizás de 18 años, se agarró desesperadamente a mi cuello: «Moriré si me quedo», sollozó.

Dentro de la Embajada

"Las madres sostenían a sus hijos por encima de la masa de gente para que los marine los pasasen al interior. Una de mis cámaras desapareció. Después desapareció mi reloj. Los marine, que aún empujaban a los vietnamitas, empezaron a agarrar a los occidentales por los cuellos de sus ropas y a tirar de ellos hacia arriba.

"Una vez dentro de la Embajada, fue fácil. El edificio estaba en estado caótico, pero un hombre muy tranquilo con una pistola calibre 0,45 al cinto nos condujo hasta el patio interior donde los marine guardaban, en uniforme de combate, los muros.

"Nos condujo hasta un edificio para que subiésemos a la azotea. Mientras esperábamos en los pasillos vimos a muchos hombres que destruían tranquilamente las máquinas decodificadoras a martillazos. El lugar estaba lleno de desechos. Las oficinas estaban desiertas.

"Los teléfonos sonaban y nadie respondía. Nos acercábamos al final.

"Oímos el rugido del helicóptero que se posaba sobre la azotea de la Embajada y subimos por la escalera. El CH-46 de la Infantería de Marina estaba esperando cuando llegamos arriba, con sus dos rotores describiendo grandes arcos contra un fondo gris de llovizna. De repente ya estábamos en el aire y las luces de Saigón parecían diminutos brillantes que se debilitaban y menguaban."

Sólo norteamericanos

Sobre las 04,00 horas de la mañana del 30 de abril de 1975, se recibieron órdenes directas de Washington de que sólo se evacuase personal norteamericano a partir de aquel momento. Cuando llegó el siguiente helicóptero, Moorefield escoltó al embajador Martin a bordo. Aún había unos 300 o 400 vietnamitas fuera de la Embajada. Morefield narró así los últimos y frenéticos minutos antes de salir de la Embajada: "Llegó el siguiente helicóptero. Metí en él a los últimos ciudadanos norteamericanos que quedaban. Ya no había más. En aquel momento decidí que había cumplido mi trabajo. Ya no había nada más que hacer. Subí al helicóptero y me fui".

Al cabo de sólo 40 minutos, Moorefield estaba a salvo a bordo de un portaviones norteamericano. Fue uno de los afortunados que pudieron salir, que pudieron decir adiós a una guerra que no habían podido ganar y a un pueblo que nunca habían entendido por completo.

El mismo día, los que no pudieron salir empezaron a vivir bajo un régimen comunista.

"FREQUENT WIND"

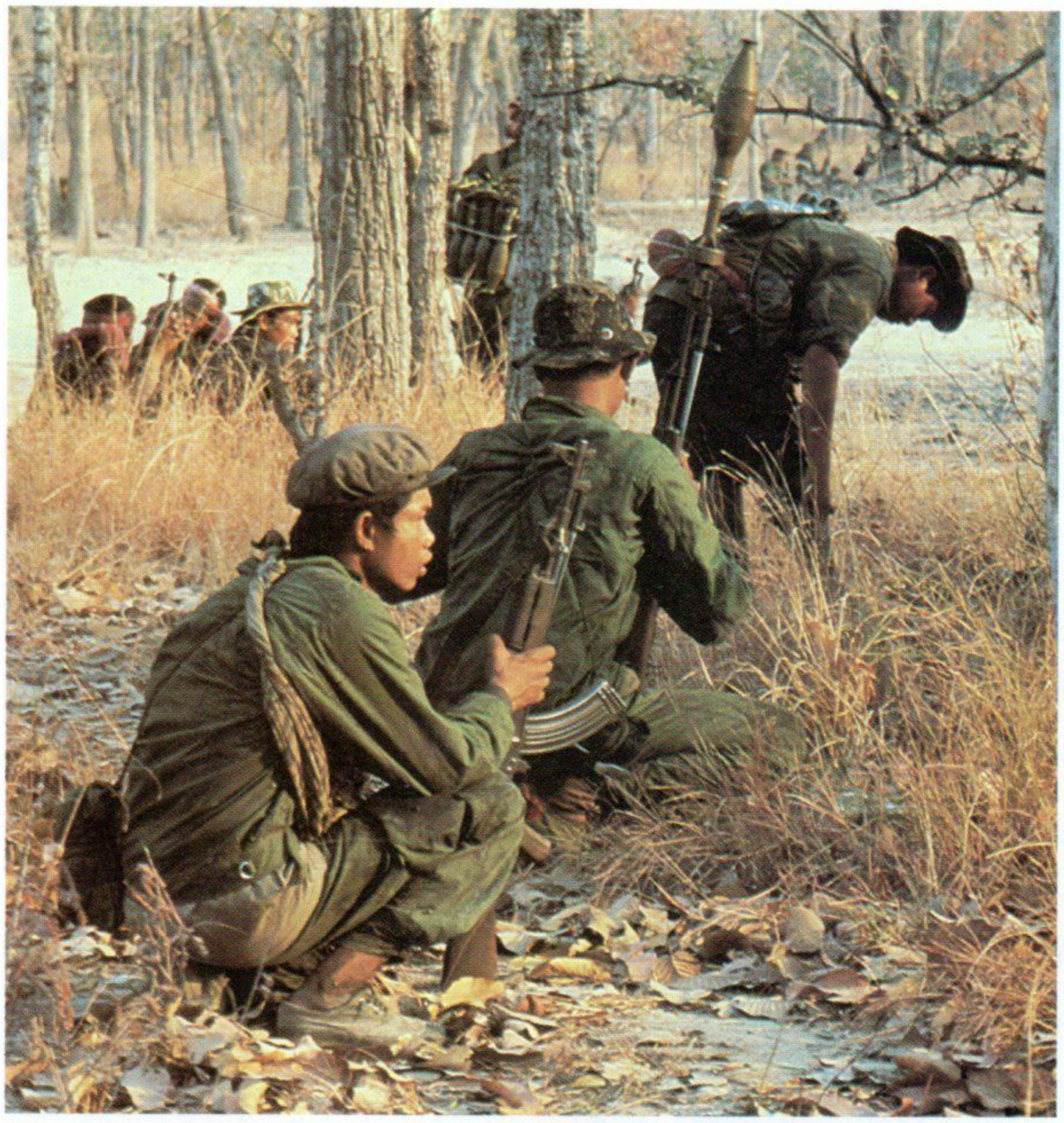
Hasta el 9 de abril de 1975 los norteamericanos no empezaron a planear detalladamente una evacuación. El asesor del Ejército norteamericano, coronel Whale, fijó cuatro posibles opciones: la Opción I y la Opción II eran evacuaciones aéreas paso a paso; la Opción III era una evacuación combinada por mar y aire; pero la Opción IV era una evacuación en helicóptero desde la propia Saigón (arriba). Además de la Embajada, se seleccionaron 13 edificios como LZ potenciales.

Se dijo a los norteamericanos que escuchasen la radio de las Fuerzas Armadas estadounidenses, pendientes de un mensaje en clave —"Mamá quiere que llames a casa"— y un informe meteorológico: "Estamos a 40 ° y sigue subiendo", seguido del disco de Bing Crosby (*Navidades blancas*), repetido cada 15 minutos.

Junto a la costa se hallaba la Fuerza Operacional 76 norteamericana, los portaviones *Hancock*, *Okinawa* y *Midway* a la espera con 81 helicópteros a bordo. Los aparatos de la Fuerza Operacional 77 darían cobertura aérea. La Operación "Frequent Wind" —Opción IV— empezó a las 11,08 horas del 29 de abril. La evacuación desde las azoteas de la ciudad terminó a las 18,30 del 29 de abril, pero la de la embajada estadounidense continuó hasta las 04,30 del día siguiente. Durante estas 18 horas fueron evacuados 1 373 norteamericanos, 5 595 sudvietnamitas y 85 ciudadanos de "terceros paises"; 2 100 desde la propia Embajada. Los últimos de los 865 marine empleados para asegurar la embajada —11 hombres que llevaban la bandera— salieron a las 07,53 horas.

CAMPOS DE LA MUERTE

Mientras estrechaba el cerco en torno a Phnom Penh, el Khemer Rojo inició una auténtica matanza, un baño increíble de sangre. Para muchos, fue una muerte lenta



Arriba: Guerrilleros del Khemer Rojo en las afueras de Phnom Penh esperan el avance final sobre la capital camboyana. Izquierda: Mientras los comunistas bombardean la ciudad, los civiles, presos del pánico, huyen aterrorizados. Pero no había donde esconderse. Algunos de los más fieros combates en defensa de Phnom Penh fueron protagonizados por desertores, traficantes y contrabandistas norteamericanos que habían llegado a Camboya desde Saigón cuando la capital sudvietnamita cayó dos años antes.

En 1975, en un momento dado, una cortina de fuego de artillería y cohetes cayó sobre la ciudad de Phnom Penh y anunció el inicio de la ofensiva final del Khemer Rojo. No era rápida, pero sí segura. Unos 5 000 guerrilleros estaban apostados a lo largo de las orillas del Mekong entre la ciudad y la frontera sudvietnamita, impidiendo que los convoyes de abastecimiento llegasen a la capital. Prácticamente no quedaban reservas de arroz y la escasez empezó a dejarse sentir casi inmediatamente. Para Camboya, el siglo XX se acercaba a su fin de un modo prematuro.

El 6 de marzo, los obuses del Khemer Rojo alargaron su tiro hasta el aeropuerto. El Año Cero estaba cerca. Todos los esfuerzos de las tropas gubernamentales de hacer retroceder a los guerrilleros que les rodeaban, fracasaron. Los Khemer se acercaban cada vez más al corazón de la ciudad. Entretanto, el Congreso estadounidense se lavaba las manos respecto a Camboya. No mandarían más dinero y los B-52 no volverían. Sus partidarios en Camboya estaban solos.

Las condiciones en Phnom Penh eran abrumadoras. El fuego de cohetes y artillería destrozaba las calles de la ciudad. Los campesinos refugiados se morían de hambre, los hospitales no tenían ya material médico. Los soldados del gobierno continuaron con aquella lucha sin sentido hasta el 16 de abril; después todo terminó.

Al amanecer del día 17, el austero ejército de guerrilleros campesinos adolescentes marchó sobre Phnom Penh a lo largo de los bulevares antes tan

elegantes. El inexpresivo autocontrol de los guerrilleros sembró la primera nota de terror en los habitantes de la ciudad. Los del Khemer Rojo eran impermeables a cualquier argumento, soborno o sentimiento. En su vida no habían conocido más que la brutalidad de la guerra: cadáveres mutilados formaban parte de su existencia diaria, igual que un plato de arroz. Y habían aprendido a obedecer sin preguntar las órdenes de sus líderes políticos. Phnom Penh podía leer su destino en sus duros e implacables rostros.

Muerte o esclavitud

La evacuación de la ciudad empezó aquella misma tarde: el 17 de abril. Toda la población recibió orden de salir a pie hacia el campo. No se permitieron excepciones: incluso los hospitales fueron vaciados. Para muchos, ya debilitados por la desnutrición o las enfermedades, fue una marcha hacia la muerte. Mientras tenía lugar el gran éxodo hacia lo desconocido, bajo los ojos impasibles del Khemer Rojo, los muertos eran echados a la cuneta y abandonados allí.

Los soldados estaban pendientes a los signos externos que delatasen una buena vida, educación, riqueza o poder. Cualquiera con buenas ropas, manos suaves o aspecto bien alimentado era sacado de aquel río humano e interrogado. Si admitía ingénuamente ser parte de la élite de Phnom Penh —un burócrata, hombre de negocios, médico, profesor o ingeniero— era inmediatamente apresado y fusilado. "La venganza de clases" era el eslogan favorito del Khemer Rojo. También se produjeron otras masacres en la propia ciudad. El Khemer Rojo emitió por radio una orden para que todos los oficiales y funcionarios del anterior gobierno se presentasen en el Ministerio de Información. La mayoría, temiendo un peor tratamiento si se negaban, cumplieron lo ordenado. Todos fueron ejecutados.

Antes, las calles y arboledas de la capital camboyana habían rebosado de encanto colonial igual que un perfume barato importado de París. Tras la fachada de las cafeterías y restaurantes de *haute cuisine*, los placeres de Oriente habían proliferado en forma de fumaderos de opio y burdeles flotantes del Tonle Sap. Pero la opulencia de la capital no era más que un lejano recuerdo para los miles de ciudadanos que ahora marchaban hacia una vida de esclavitud en el campo.

Marcha hacia el Año Cero

La decisión de vaciar Phnom Penh después de la victoria había sido tomada por los líderes del Khemer Rojo en febrero de 1975 porque ello parecía proporcionar la respuesta a tres problemas. En primer lugar estaba la cuestión del control político: el Khemer Rojo sentía que aún no estaba preparado para gobernar un país en el sentido convencional de la palabra. Su leal cantera política contaba con sólo 14 000 personas que serían responsables de organizar la nueva sociedad. Ni siquiera su ejército de jóvenes campesinos sería suficiente para controlar a los millones de habitantes de Phnom Penh. Pero si los ciudadanos eran dispersados por el campo, se decía, estarían demasiado desorganizados y desorientados para ofrecer cualquier resistencia. La evacuación proporcionaría así las condiciones para el necesario poder total.

OPERACIÓN "EAGLE PULL"

Al igual que las maniobras diplomáticas del embajador Martin retrasarían la evacuación de Saigón, la determinación de Henry Kissinger por mantener una presencia norteamericana "estabilizadora" en Camboya causó una considerable ansiedad en el embajador estadounidense en Phnom Penh, Jonh Gunther Dean. Éste pidió que su personal fuese evacuado ya el 3 de abril de 1975, pues el Khemer Rojo se acercaba rápidamente a aquella ciudad condenada. Pero Kissinger declinó, pues estaba negociando para traer al príncipe Sihanouk de vuelta a la capital para un compromiso de paz. Con el aeropuerto de la ciudad cerrado por el bombardeo del Khemer Rojo el 11 de abril, Kissinger cedió por fin y comenzó la operación "Eagle Pull".

La fuerza operacional anfibia de la Séptima Flota —Fuerza Operacional 76— tenía elementos para llevar a cabo una evacuación heliportada utilizando el USS *Okinawa*, en el golfo de Siam. A las 06,00 horas del 12 de abril, Dean envió mensajes a los miembros del gobierno camboyano y otros destacados políticos ofreciendo puestos en los helicópteros en un tiempo de dos horas y media.

Sin embargo, el único político camboyano que aceptó el ofrecimiento de Dean fue el presidente en funciones, Saukham Khoy. El primer ministro, Long Boret, y los demás en la lista negra del Khemer Rojo (los "Siete Traidores"), declinaron la oferta, negándose a dejar su patria. A las 09,00 horas, el primero de los 36 helicópteros CH-53 aterrizó cerca de la Embajada para desembarcar a 360 marine como fuerza de seguridad para crear un perímetro y proteger a los evacuados. Justo después de las 10,00 horas, 82 norteamericanos, 35 ciudadanos de otros paises y 159 camboyanos (principalmente empleados de la Embajada con sus familias) habían sido evacuados con éxito.

En segundo lugar estaba el problema de la economía camboyana. La guerra de guerrillas y los bombardeos norteamericanos habían echado a perder gran parte de la tierra. Las existencias de arroz casi se habían agotado, pero el Khemer Rojo se negaba a recibir ayuda del extranjero como uno de sus principios fundamentales. La economía tendría que ser reconstruida por los propios camboyanos, convirtiendo todo el país en un campo de trabajo.

Una dieta de lagartijas y sapos

Finalmente, la evacuación de Phnom Penh fue considerada como un gran salto hacia delante en el ideal de sociedad comunista con el que soñaban los líderes del Khemer Rojo. De golpe, los ciudadanos perdieron todas sus propiedades y se convirtieron en campesinos. Aquellos que no querían o no podían aceptar el cambio serían fusilados. Con la corrupción urbana erradicada, se construía una nueva sociedad sobre nuevos fundamentos: trabajo, pureza revolucionaria, independencia nacional. Era el Año Cero. El país iba a ser reconstruido de la nada.

Los inicios de la nueva sociedad ya existían en las zonas "liberadas" que habían estado bajo el control del Khemer Rojo durante la guerra. Allí se habían abolido el dinero y la propiedad privada, y toda la población estaba agrupada en granjas cooperativas donde los campesinos trabajaban de sol a sol a cambio de una magra porción de alimento repartido por las autoridades del Khemer Rojo. Este "viejo pueblo", los campesinos de las cooperativas, tendría que dar paso ahora al "nuevo pueblo", los deportados de la ciudad. Cuando los habitantes de ésta que sobrevivieron a la larga y agotadora marcha de Phnom Penh llegaron a la cooperativa que iba a ser su nuevo hogar, no recibieron una cálida bienvenida.

Su incompetencia en el trabajo de los campos atrajo el desprecio del "pueblo viejo" y muchos fueron ejecutados por "sabotaje económico". Otros sucumbieron rápidamente a las penalidades que los campesinos ya habían aprendido a soportar: un trabajo agotador, hambre y falta de cuidados médicos. El "nuevo pueblo" fue muriendo como moscas. La actitud de las autoridades se resume en este eslogan: "Si se mantiene a este hombre, no sirve de nada. Si se va, no se pierde nada".

Minorías exterminadas

La identidad de los líderes que imponían este régimen en Camboya siguió siendo un misterio durante mucho tiempo. Pol Pot, Ieng Sary, Ieng Thirith y Khieu Sampham —la pequeña camarilla de intelectuales educados en París y que controlaban el Khemer Rojo— instalaron el centro de su poder en la fantasmagórica ciudad de Phnom Penh y desde allí impusieron un collar de hierro a Camboya. El país fue dividido en zonas y el secretariado del Partido en cada zona respondía ante la autoridad central de Phnom Penh mientras que el comité al mando de cada cooperativa respondía ante el líder de cada zona. Pero la población nunca oyó nada sobre Pol Pot y sus colegas: simplemente se emitían órdenes en nombre de Angka, la Organización. Sólo

Abajo: Corriendo en busca de refugio contra el bombardeo comunista, los marine norteamericanos aterrizan cerca de la Embajada de su país a fin de evacuar al personal de la misma y a camboyanos elegidos. Izquierda: Impávidos e implacables, los Khemer Rojo entran en Phnom Penh. No habrían festejos ni celebración de la victoria. A las pocas horas estarán supervisando la evacuación obligada de toda la población civil.

SE PUBLICAN LAS NOTICIAS

Después de que los norteamericanos hubiesen evacuado su Embajada el 12 de abril de 1975, al menos 700 europeos seguían en Phnom Penh. Entre ellos había un puñado de periodistas, incluidos Jon Swain, del londinense *Sunday Times*, y Sydney Schanberg, del *New York Times*. Cuando el Khemer Rojo entró por fin en la ciudad el 17 de abril, la mayoría de los extranjeros, incluidos Swain y Schanberg, terminaron en la Embajada francesa.

No fueron sacados de la Embajada y durante tres semanas pudieron entrever parte de la evacuación obligada de los habitantes de la ciudad.

Schanberg pudo hacer su primer reportaje el 8 de mayo. Aquel mismo mes empezaron a llegar refugiados a Tailandia con historias sobre las atrocidades del Khemer Rojo. La mayor parte de lo que sucedió en Kampuchea se reconstruyó a partir de sus horrendos relatos.

Observadores como François Ponchaud y los redactores del *Reader's Digest*, John Barron y Anthony Paul, también pudieron conseguir información adicional a partir de cuidadosos escrutinios de las emisiones de Radio Phnom Penh, *La voz de la Kampuchea Democrática*.

No obstante, la verdadera magnitud de las masacres sólo quedó de relieve después de que los vietnamitas invadiesen Kampuchea en diciembre de 1978; Hanoi hizo públicos los excesos de Pol Pot (abajo) y el Khemer Rojo para justificar su invasión.

CAPÍTULO 109

el príncipe Sihanuk, oficialmente líder del movimiento que había arrojado a Lon Nol, era por todos conocido. Los nuevos legisladores del país no tenían, sin embargo, tiempo para Sihanuk, ahora que ya había servido para sus propósitos en conseguir la victoria. El príncipe volvió a Phnom Penh, sólo para ser puesto bajo arresto domiciliario. En enero de 1976 la monarquía fue oficialmente abolida y en marzo Sihanouk anunció su retirada de la política "para tener más tiempo que dedicar a su vida privada". Camboya fue bautizada como República Democrática de Kampuchea.

Durante todo 1976, Pol Pot y sus colegas siguieron adelante con su sociedad ideal. La comida privada fue abolida: todos los alimentos tenían que ser consumidos en cantinas públicas a partir de las existencias controladas por el Khemer Rojo. Cualquier intento de mejorar la dieta de uno, ni siquiera cogiendo frutas o vegetales, podía desembocar en el fusilamiento. Algunos pasaron a una dieta de lagartijas, sapos y lombrices de tierra. Las relaciones familiares eran desaprobadas. Los niños de las cooperativas dormían lejos de sus padres. Los adolescentes eran animados a espiar a sus padres y denunciarlos si su comportamiento era considerado impuro según las reglas del Angka. Con los maestros e intelectuales exterminados, no había educación para los jóvenes, simplemente un brutal adoctrinamiento. Los diferentes miembros de una familia eran enviados a veces a brigadas de trabajo y mandados a extremos opuestos del país. No había sistema postal ni teléfono, por lo que, una vez perdido el contacto, era casi imposible que se volvieran a ver de nuevo. Todos los placeres privados fueron prohibidos. El sexo fuera del matrimonio se castigaba con la muerte.

Las ejecuciones, llevadas a cabo bajo las órdenes de la policía secreta o el comité al mando de la cooperativa, eran tan discretas y misteriosas como la propia Angka. La gente desaparecía de noche; no era recomendable preguntar a dónde habían ido. Algunos eran asesinados por puro capricho: poseer unas gafas de cristales gruesos, por ejemplo lo convertía a un en blanco de los carniceros de Pol Pot.

Arriba: Las llamadas "Brigadas Móviles" trabajan en los diques de Kampuchea. La construcción de presas y redes de irrigación fue una obsesión nacional bajo el mando de Pol Pot. Sin embargo, el reino del terror en el Año Cero produciría un cambio más siniestro en la geografía: los campos de exterminio, repletos de calaveras humanas.

EL HOLOCAUSTO CAMBOYANO

El método favorito de ejecución consistía en un golpe en la nuca o el cuello con la base de un hacha. Las balas escaseaban. El destripamiento y enterramiento en vida también se practicaban mucho, exigiéndose a las víctimas que cavasen sus propias tumbas. Camiones enteros cargados de personas desaparecieron sin dejar rastro. Mantener firme el reino del terror en las aldeas era sencillo para los Khemer. Unos pocos restos humanos descompuestos repartidos por el sendero de la aldea era suficiente. Los rumores sobre víctimas que sufrían una grotesca tortura —gargantas segadas con juncos afilados o palmas dentadas— tenían el mismo efecto estremecedor. Al principio, el blanco era simplemente el "enemigo de clases" —cualquiera que no hubiese nacido campesino y obrero, o tuviese educación—. Después estaban las minorías extranjeras: los chinos, los vietnamitas, los musulmanes Cham. Pol Pot creía en la pureza de la raza Khemer igual que Hitler había creído firmemente en la superioridad de los arios. Las minorías fueron sistemáticamente exterminadas.

Una telaraña de fantasía paranoica

Desde principios de 1977, sin embargo, los ejecutores se volvieron cada vez más contra los propios miembros del Khemer Rojo, sobre todo los del Partido que procedían de una familia "burguesa". Eran culpados del continuo fracaso de la economía. Aún escaseaban los alimentos. Los proyectos de irrigación y las presas, construidas a mano sin ingenieros expertos para supervisar el trabajo, se venían abajo tan pronto como llovía. Sólo podía haber un motivo para estos contratiempos: sabotaje y conspiración. Los centros de tortura como Tuol Sleng, en Phnom Penh, eran usados para "descubrir" las conspiraciones que implicaban a cada vez más personas en una pesadilla de fantasía paranoica.

Los asesinatos eran tan frecuentes y rutinarios a mediados de 1977 que el propio Pol Pot intentó pedir su cese. En setiembre de 1977 apareció en público por primera vez, poniendo en claro su papel dominante y el del Partido Comunista en Kampuchea. En un discurso dirigido al pueblo, declaró haberlos liberado de 2 000 años de "desesperación y desesperanza". Pero la mayor parte de su conferencia estuvo centrada en la necesidad de defender Kampuchea de la agresión extranjera.

Muerte al enemigo

El Khemer Rojo siempre había desconfiado de Vietnam y se habían producido enfrentamientos fronterizos inmediatamente después de la caída de Phnom Penh en 1975. En la segunda mitad de 1977, este conflicto fronterizo se intensificó nuevamente. Se difundió la orden: muerte a todos los miembros del Partido relacionados con Hanoi. Después les tocó a los líderes de la Zona Oriental, acusados de no combatir lo suficientemente duro contra los vietnamitas. En los primeros meses de 1973, la mayoría de los grupos políticos de la Zona Oriental fueron purgados. Algunos, no obstante, consiguieron refugiarse en Vietnam, incluido el hombre que posteriormente sustituiría a Pol Pot, Heng Samrin. Ya estaba preparado el escenario para la invasión vietnamita que pondría fin a la tiranía del Khemer Rojo el 21 de diciembre de 1978. Kampuchea sería "liberada" una vez más.

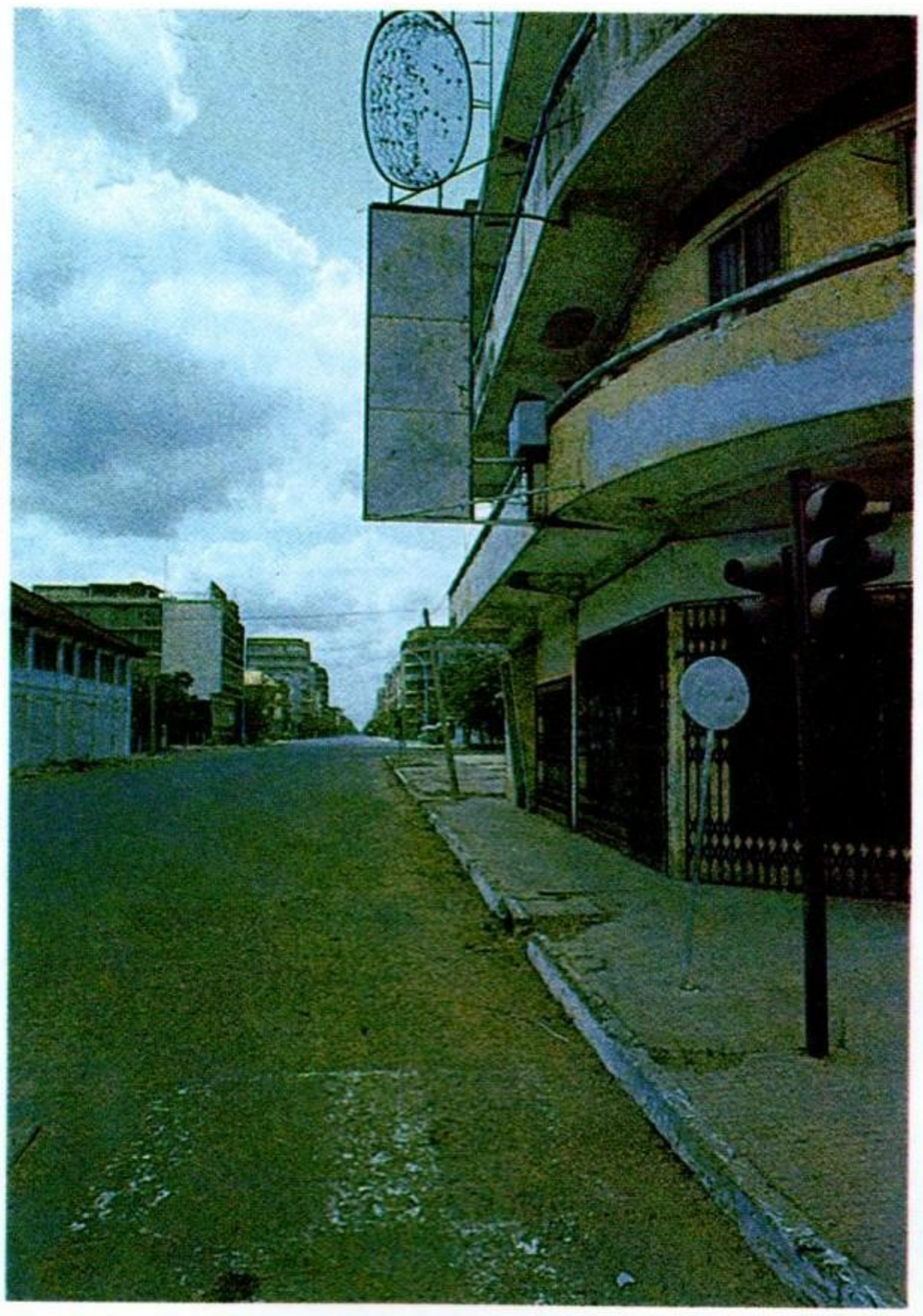
Nadie sabe cuántas personas murieron en los campos de exterminio de la Kampuchea de Pol Pot, ni qué porcentaje de muertes se debieron a la desnutrición o las enfermedades, aparte de las ejecuciones.

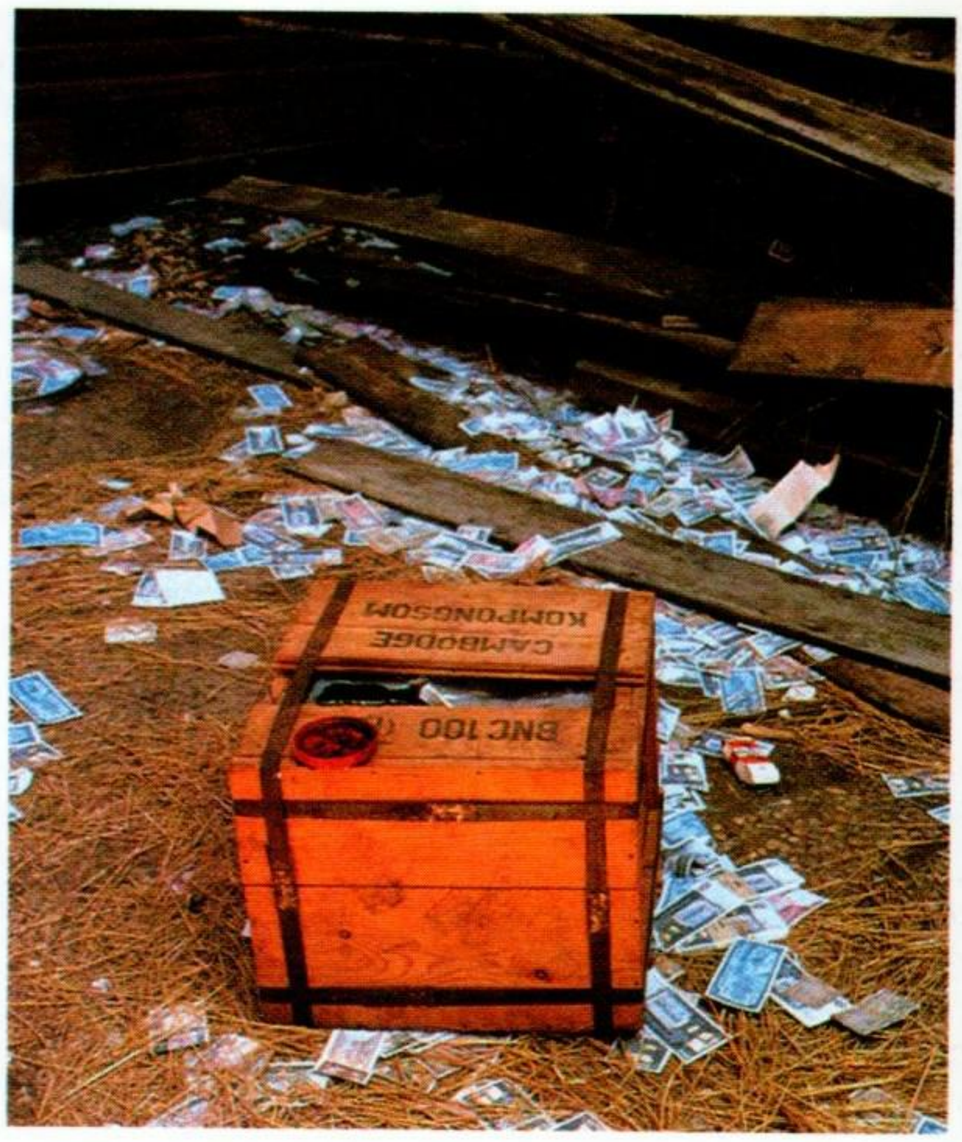
Se ha calculado la cifra de dos millones, pero probablemente sea demasiado alta, aún contando con las víctimas de la guerra civil y los bombardeos norteamericanos.

De todos modos, los números no importan. Toda una sociedad quedó destruida y nada excepto el terror surgió en su lugar. La guerra y el experimento comunista camboyano que siguió constituyeron una catástrofe humana.

Derecha: Este telegrafista se llama Ton. Tiene 13 años. El mecánico de este mismo barco de fabricación china de 50 toneladas tiene 17. Su capitán, de 38 años, ni era pescador ni marinero antes de ser destinado a este puesto. Pero era leal al Khemer. Algunos de ellos ni siquiera habían visto el oceáno.

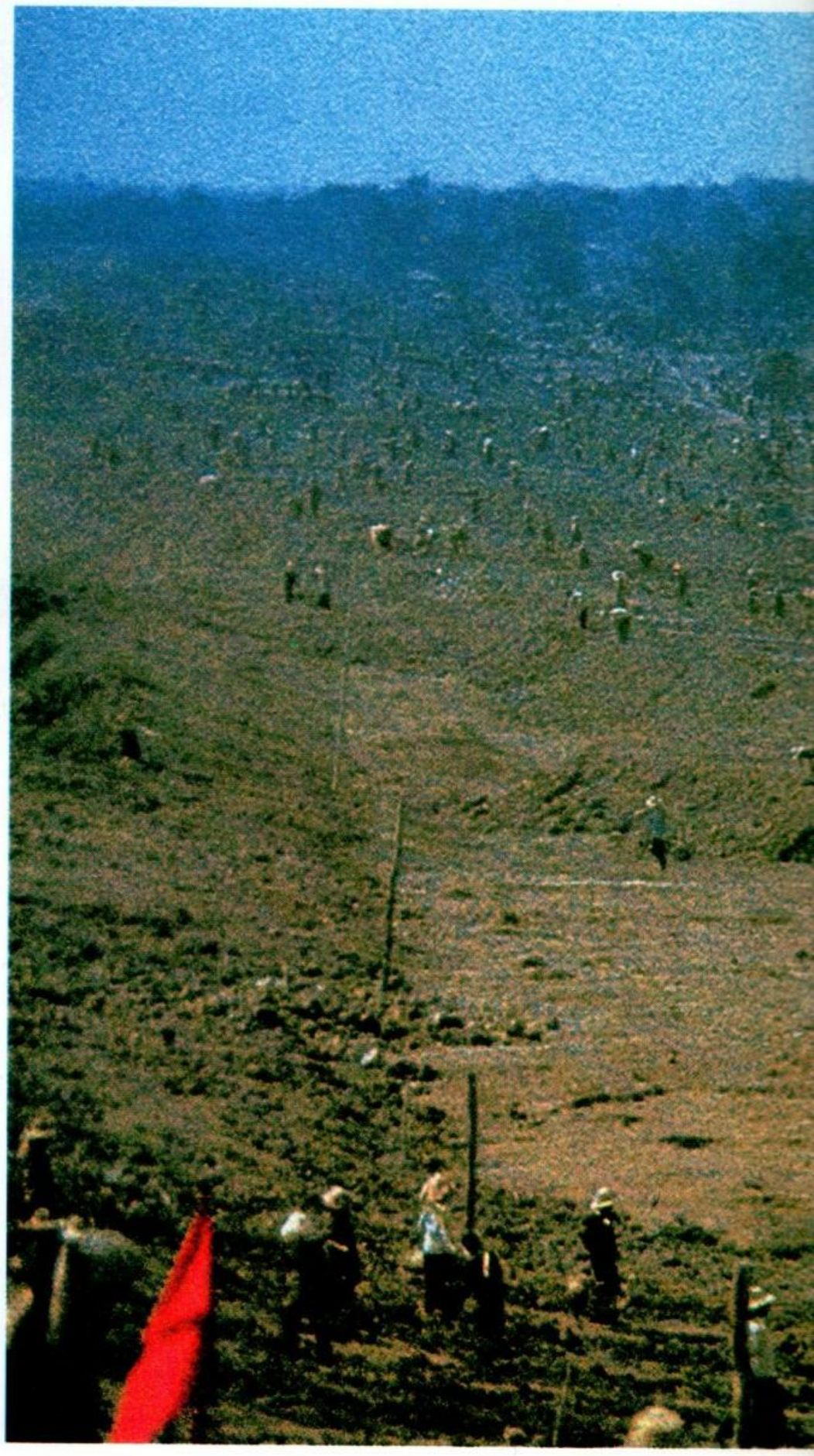
Derecha: Cuando el Khemer Rojo tomó el control de Phnom Penh, una población de dos millones de personas fue obligada a trasladarse al campo.
La ciudad se convirtió en un lugar fantasmagórico, poblado sólo de los espíritus de los ejecutados cuando se negaron a marchar.
Otros cientos fueron masacrados por estar "corrompidos" por la educación. Hasta 20 000 personas morirían durante la marcha a la nueva sociedad agraria de los Khemer.





AÑO CERO

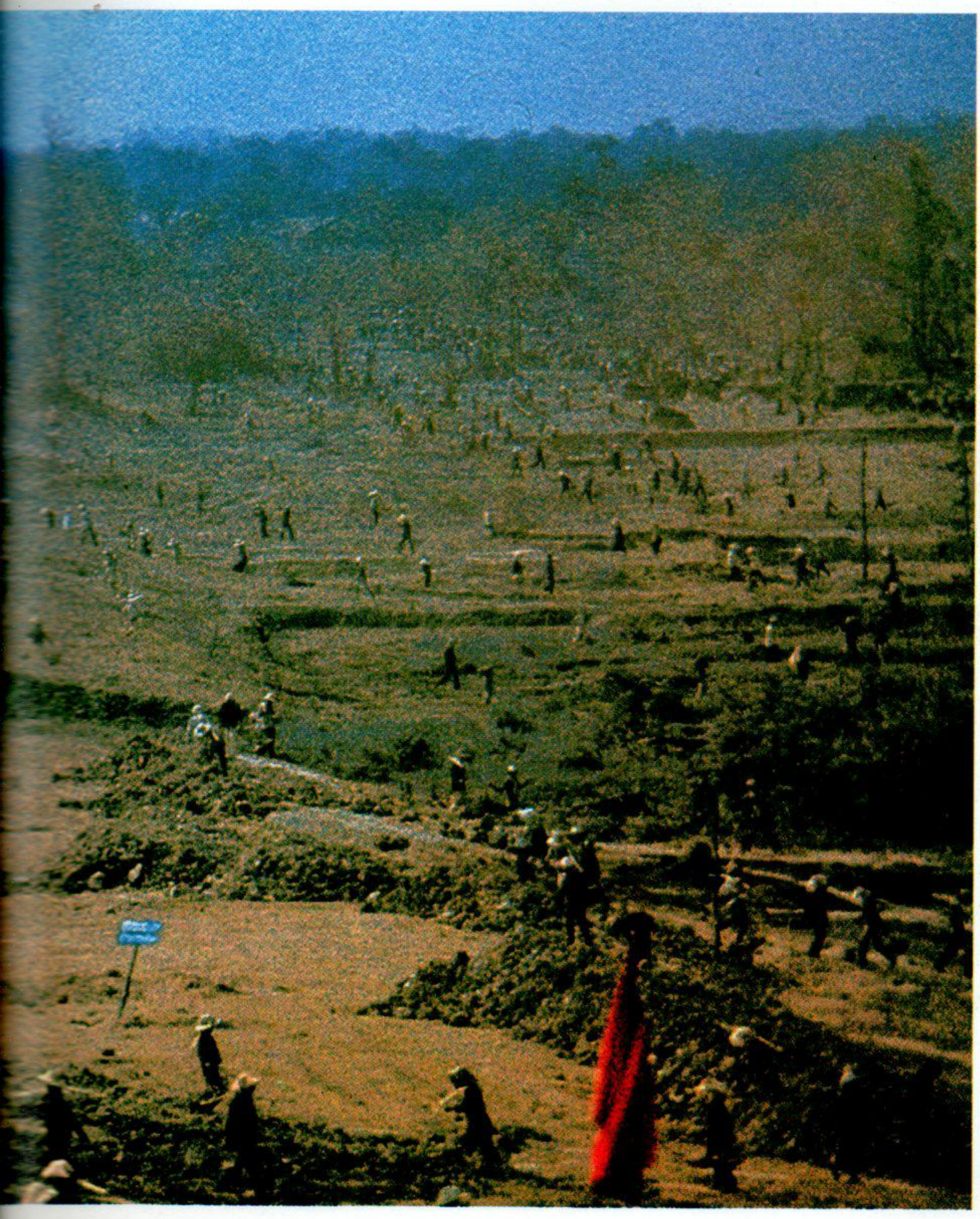
El tiempo se detuvo cuando el Khemer Rojo marchó sobre la capital camboyana, Phnom Penh. De pronto, lenta pero firmemente, las manecillas del reloj empezaron a moverse hacia atrás. Convencidos de que eran los profetas de una nueva era, Pol Pot y sus seguidores intentaron transformar todo el país en una utopía agraria. Fue el Año Cero, un experimento que lanzó a Camboya/Kampuchea en rumbo de colisión hacia la tragedia



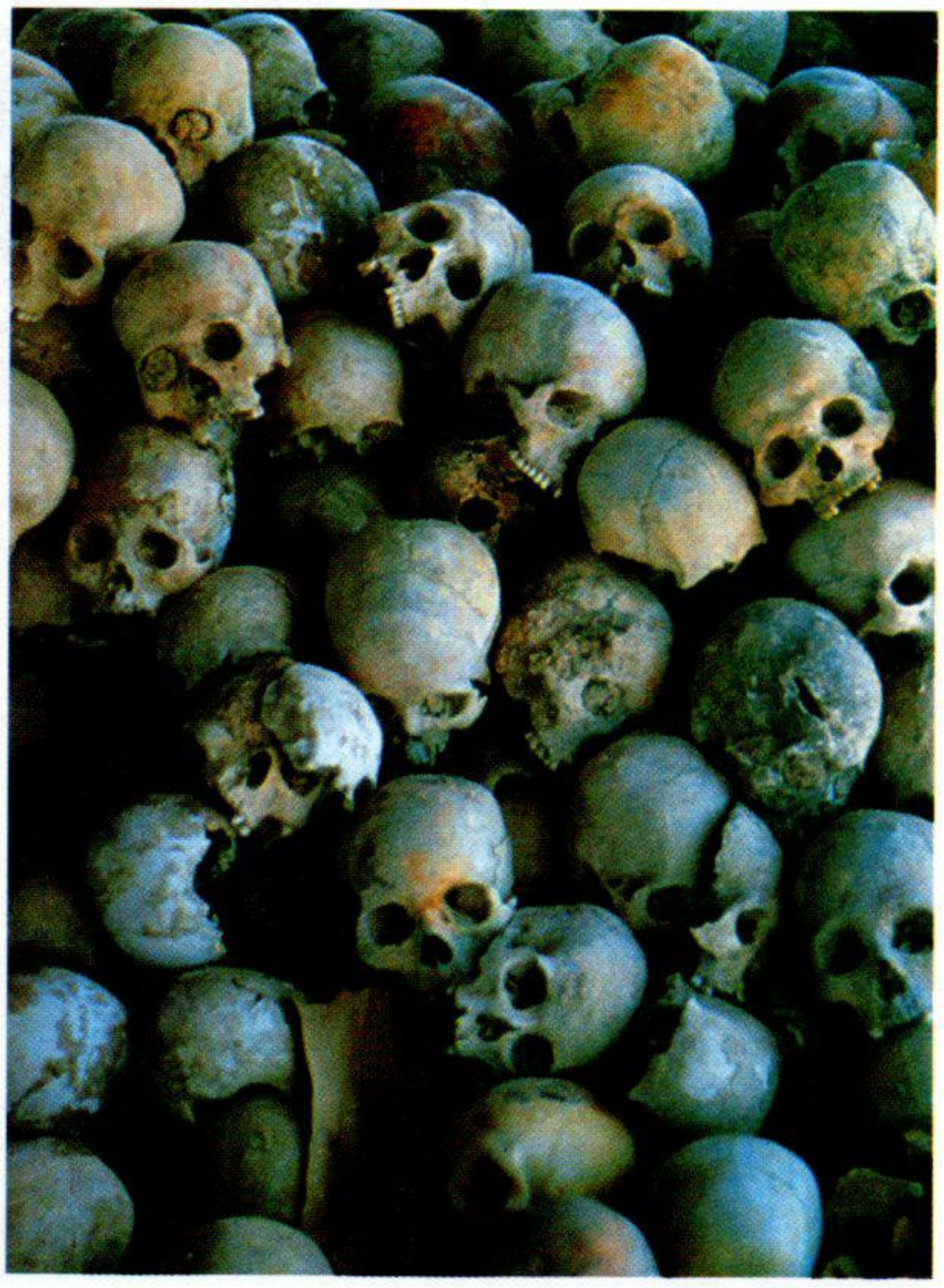
AÑO CERO

Izquierda: Los estadounidenses habían enviado ayuda a Camboya al sobrecogedor ritmo de un millón de dólares diarios. Pero ahora, con la llegada del Año Cero, el dinero perdió su valor. Desperdigado por las calles de Phnom Penh como si fuera confeti, era ignorado por los transeuntes. Encontrarle a uno una cartera con dinero podía conducir en la "venganza de clases" y su ejecución.

Derecha: Fuera lo viejo y adelante con lo nuevo. Esta sofisticada maquinaria extranjera yace destrozada en uno de los vertederos de Saigón. Junto a todos los signos de "aspiraciones burguesas", las influencias extranjeras eran despiadadamente exterminadas por el Khemer Rojo. La pureza había sustituido a la opulencia en el nuevo orden.



Izquierda: Mientras las hormigas humanas ocupan el campo, Pol Pot realiza su sueño. A pesar del alto nivel de producción de algunas áreas, las raciones se redujeron. Un típico eslógan del Khemer era "Con arroz podemos tenerlo todo". Pero para muchos la única tierra cultivable fueron los campos de exterminio, donde la cosecha era la muerte (abajo).



La historia del siempre agitado Sudeste asiático ha estado preñada a partir de 1975 de luchas perpetuas entre países adversarios y grupos guerrilleros. Los norteamericanos se fueron hace años, pero el conflicto continúa y las heridas aún sangran

Aunque la caída de Saigón condujo a la reunificación de Vietnam, no consiguió poner fin al sufrimiento en el Sudeste asiático. De hecho, el primer ministro de Singapur, Lee Kuan Yew, declaró en enero de 1979 que los miles de refugiados de las interminables guerras de Indochina eran "víctimas de la paz".

LA GUERRA QUE NO

Para muchos vietnamitas, la decisión final y la nación unida fue una especie de alivio después de 15 años de guerra ininterrumpida. Pero conforme fue pasando el tiempo, el nuevo régimen fue alienando a diversos grupos sociales y raciales.

No fue sorprendente que la derrota trajese su justo castigo a los partidarios del gobierno sudvietnamita, aunque ni mucho menos a una escala ni siquiera parecida a la venganza llevada a cabo por el Khemer Rojo en Kampuchea. Indudablemente hubo algunas ejecuciones sumarias, no obstante, mientras que otros destacados partidarios del gobierno fueron enviados a campos de "reeducación". Se calcula que, todavía en 1986, había 50 000 retenidos como prisioneros políticos y muchos más funcionarios y soldados seguían estando sometidos a "reeducación".

Otro aspecto de la ley comunista era la "transformación socialista", que obligó a 700 000 personas a salir de Ciudad Ho Chi Minh (antigua Saigón) y marchar a "Nuevas Zonas Económicas". Se estima que 1 300 000 personas fueron trasladadas de zonas urbanas al campo. Para los que estaban más acostumbrados a la vida casera de las ciudades y pueblos de Vietnam del Sur, ajustarse a las privaciones de la vida rural fue una tarea muy dura. Se les alienó aún más con campañas en contra de cualquier vestigio de cultura occidental y, mientras tanto, los campesinos encontraban difícil ajustarse a su nuevo estado de propietarios de tierras, por no hablar de las maniobras comunistas para debilitar las tradicionales costumbres religiosas. Y los del Sur se resentían por recibir órdenes de hombres del Norte.

La devaluación de la moneda provocó la desaparición de los ahorros de toda la vida de los miembros de clase media, y el despiadado asalto contra el "comercio burgués" de 1978 en adelante afectó a grandes cantidades de chinos, cuya perspicacia paos negocios y su incesante laboriosidad había dominado anteriormente la comunidad de negociantes del Sur.

La tradicional hostilidad chino-vietnamita se intensificó al agravarse el conflicto con el Khemer Rojo, apoyado por los chinos, en Kampuchea y el

Arriba: En Vietnam había terminado la guerra de los 10 000 días, pero el Sudeste asiático se vería azotado por un conflicto que se prolongó años. Para esta gente de los botes, la lucha estaba lejos de terminar. Arriba, derecha: Después de que los comunistas reunificasen Vietnam, aquellos que habían sido "desviados" fueron reeducados en campos como éste.

CESA

maltrato de los vietnamitas étnicos allí. El resultado fue la presión ejercida sobre los chinos para abandonar Vietnam: bien por barco o directamente por la frontera a China. Muchos vietnamitas también se marcharon, creando un problema de alojamiento de enormes proporciones.

En agosto de 1979, se estima que 865 000 personas habían salido de Vietnam, bien por tierra hacia China o por mar en cualquier embarcación que pudieran conseguir. Estos últimos, conocidos como la "gente de los botes" no fueron muy bien recibidos en los paises a los que huyeron, ninguno de los cuales, por razones incomprensibles, les dio la bienvenida.

La huida de los chinos étnicos de Vietnam además de la de los vietnamitas étnicos de los excesos de Kampuchea, fue otro signo revelador del resurgimiento de las tradicionales antipatías nacionales una vez que el enemigo común exterior —Estados Unidos— se hubo marchado. Nunca fueron demasiado amigos el Khemer de Kampuchea y los vietnamitas, pues los primeros consideraban que ha-

¿ERA CORRECTA LA TEORÍA DEL DOMINÓ?

Eisenhower habló de una "fila de fichas de dominó" en el Sudeste asiático que esperaba ser derribada por la insurgencia comunista. La teoría del dominó se convirtió en la base de la intervención norteamericana, pero ¿no era esto una mala interpretación de la situación real?

La "teoría del dominó" fue reconocida por primera vez por la administración del presidente Eisenhower en los años cincuenta, aunque ya fue diseñada a finales de los cuarenta. Había miedo al desarrollo de un comunismo monolítico dirigido desde Moscú.

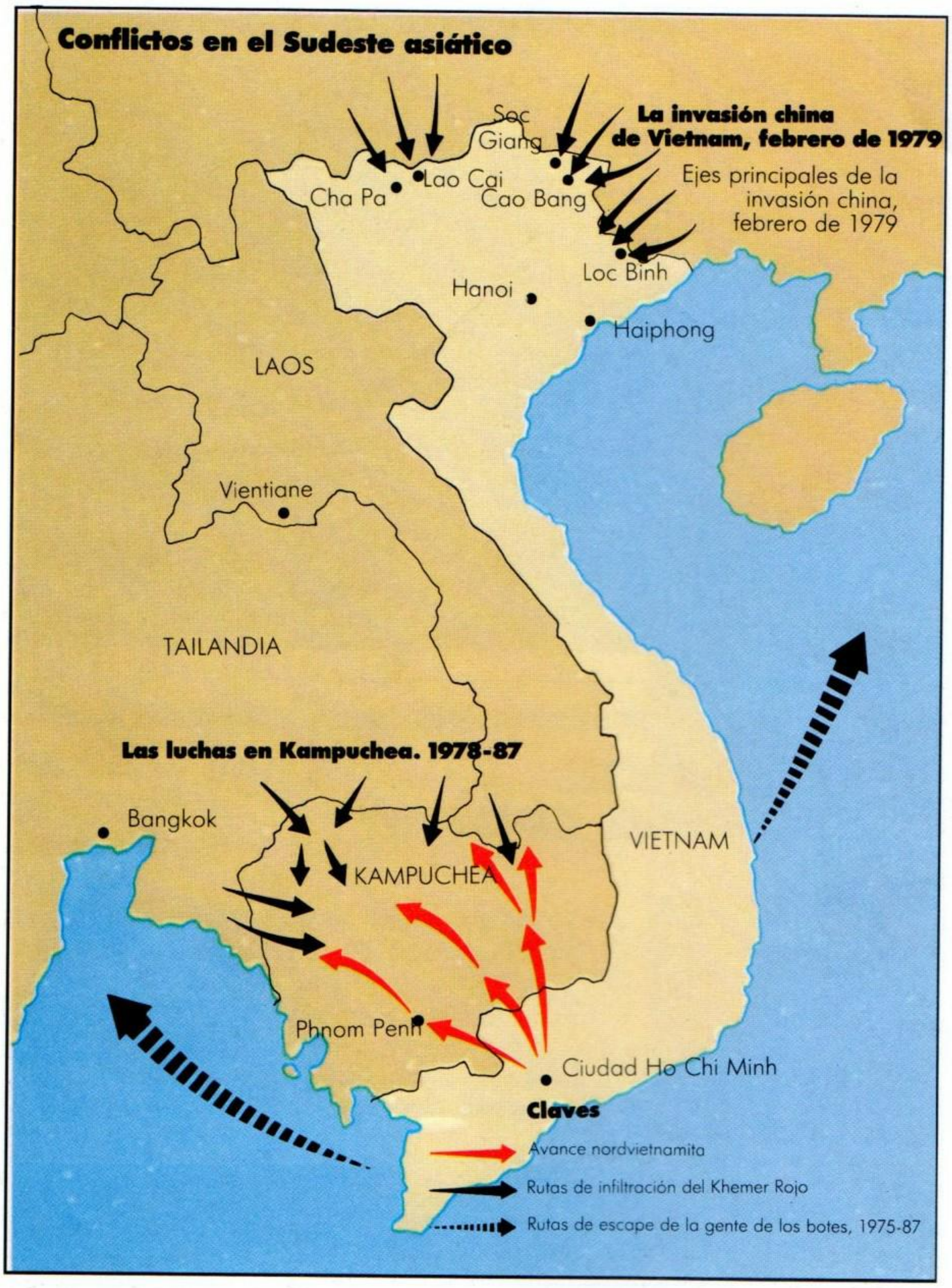
Estados Unidos había sido testigo de la insurgencia inspirada por los comunistas en Grecia, Malasia, la Indochina francesa y las Filipinas a finales de los cuarenta. En 1949 los comunistas de Mao consiguieron el poder en China y en junio de 1950 la comunista Corea del Norte invadió Corea del Sur. Parecía como si todo el Sudeste asiático estuviese en peligro de caer completamente bajo la influencia comunista. El secretario de estado de Eisenhower, John Fortes Dulles, habló en marzo de 1954 de los peligros de la agresión comunista que se extendían. Un mes después, el 7 de abril de 1954, Eisenhower expresó sus temores sobre el posible destino del Sudeste asiático: "Tenemos una fila de fichas de dominó en pie, tiramos la primera y lo que ocurrirá hasta la última ficha es la certeza de que caerán muy rápidamente". Con la insurgencia declarada en Malasia y las Filipinas, Eisenhower pensó que el Sudeste asiático y posiblemente Australasia podrían estar en peligro.

A comienzos de los sesenta, la administración Kennedy pensaba lo mismo; el vicepresidente Johnson destacó en mayo de 1961 que la pérdida de Vietnam del Sur significaría tener que luchar "en las playas de Waikiki". Kennedy envió tropas norteamericanas a Tailandia en mayo de 1962 y extendió la ayuda encubierta a Laos. No obstante, incluso en esta temprana fecha, había lagunas en los argumentos. La insurgencia fue derrotada en Malasia y en las Filipinas e, incluso cuando llegaban las tropas estadounidenses a Vietnam en 1965, los comunistas estaban siendo masacrados en Indonesia.

Vietnam del Sur, Laos y Camboya sucumbieron al comunismo en 1975 pero para entonces las actitudes habían cambiado. La división chino-soviética y las visitas de Nixon a Moscú y Pequín habían demostrado que la idea del comunismo monolítico era un mito para el mundo. Desde entonces, incluso dentro del Sudeste asiático, la perspectiva ha cambiado considerablemente. Vietnam invadió Kampuchea y las fuerzas vietnamitas siguen allí, mientras que China atacó Vietnam en 1979.

Las otras fichas de dominó del Sudeste asiático han sobrevivido y la relativa prosperidad de la zona contrasta vivamente con la situación dentro del Vietnam comunista. Lo que la teoría del dominó no tuvo en cuenta fue la intensa rivalidad nacional —entre los Khemer, los vietnamitas y los chinos— que sólo era disimulada, que no eliminada, por su adhesión al marxismo.

CAPÍTULO 110



bían sido abandonados cuando Hanoi aceptó los términos de paz en 1973. De hecho, cuando aún no se había secado la tinta del acuerdo de alto el fuego entre Vietnam y los norteamericanos, bombarderos estadounidenses seguían volando regularmente sobre Camboya. Había también considerables resentimientos en el lado Khemer, principalmente por el uso que el Norte había hecho del territorio camboyano durante su guerra contra Estados Unidos y Saigón. Además, tanto Kampuchea como Vietnam tenían conquistas territoriales muy conflictivas, principalmente en las islas del golfo de Tailandia. De modo similar, los vietnamitas declaraban suyos ciertos territorios chinos.

Choque con el Khemer

El Khemer Rojo efectuó una limitada incursión en territorio vietnamita en abril de 1977 y una vez más en setiembre. Los vietnamitas adoptaron represalias, enviando seis divisiones a Kampuchea en diciembre de 1977 como aviso claro para Pol Pot, quien, aún así, decidió ignorarlo y rompió rápidamente las relaciones diplomáticas con Hanoi. Los vietnamitas ofrecieron una zona desmilitarizada, pero Pol Pot rechazó cualquier nueva apertura y continuaron los enfrentamientos. Así, el 3 de diciembre de 1978, un antiguo comisario del Khemer Rojo llamado Heng Samrin fue nombrado líder de un Frente Unido Nacional de Kampuchea para la Salvación Nacional patrocinado por los vietnamitas. El 25 de diciembre, 100 000 vietnamitas y 20 000 soldados del Frente Unido invadieron Kampuchea. Superado en armas, el Khemer Rojo abandonó Phnom Penh y marchó a las junglas. La República Popular de Kampuchea de Samrin fue instituida el 7 de enero de 1979, suplantando a la República Democrática de Kampuchea de Pol Pot.

Entretanto las relaciones chino-vietnamitas habían empeorado considerablemente. El acercamiento vietnamita a la Unión Soviética, la invasión de Kampuchea, acompañada por la persecución de los chinos étnicos en Vietnam, resultó finalmente excesivo para el régimen de Pequín. China aceleró su normalización de relaciones diplomáticas con

Arriba, derecha: China "da una lección a Vietnam"; proyectiles de artillería chinos caen sobre una aldea vietnamita. No obstante, las fuerzas chinas fueron ineficaces en sus incursiones de 1979. Extremo derecho, superior: Guerrilleros anticomunistas vietnamitas, operando en el delta del Mekong. Abajo, derecha: La artillería vietnamita intenta repeler a los invasores chinos.

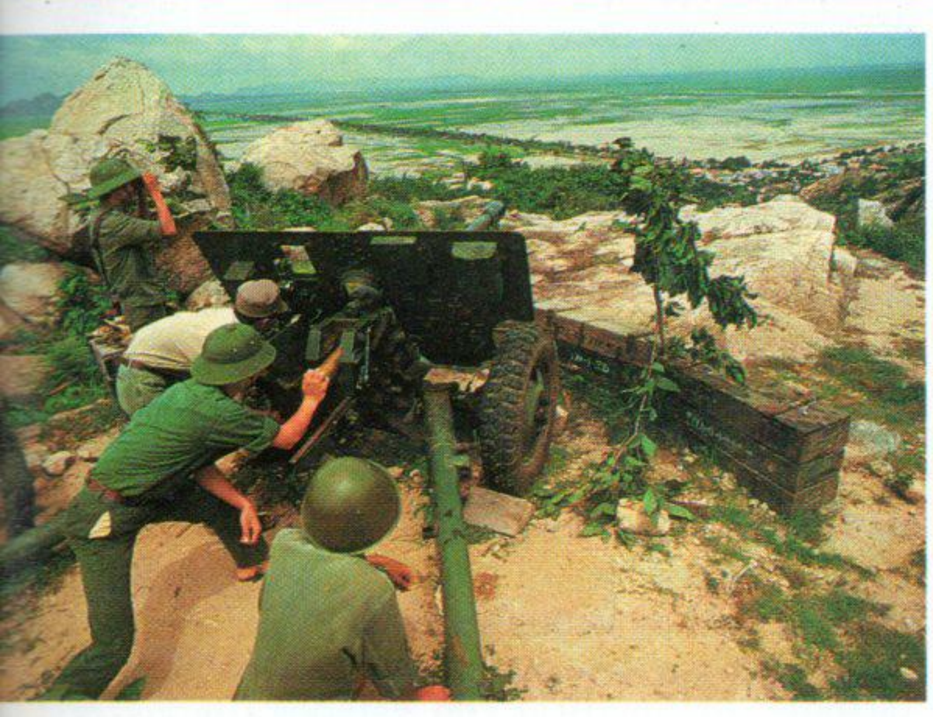
¿AMIGOS O ENEMIGOS?

Desde el principio de la participación norteamericana en Vietnam, una de las características más extrañas fue que, aunque estos defendían ostensiblemente el gobierno de Vietnam del Sur, siempre hubo en realidad serias tensiones en sus relaciones.

Ya en 1956 el asesor del presidente Eisenhower en Saigón, el general Collins había recomendado que se abandonase a Diem y aunque los norteamericanos decidieron finalmente respaldarle, se libraron de él en 1963. Del grupo de generales que sucedió a Diem, el más popular fue el general "Gran Minh", pero los norteamericanos no lo encontraron a su gusto y provocaron su retirada del poder.

Durante el período de la participación en bloque de los norteamericanos, éstos eligieron al presidente Thieu, pero una dolorosa espina era la actitud del mariscal del aire, Ky, el extravagante vicepresidente que siempre estaba urgiendo pública y constantemente a los norteamericanos a que llevasen la guerra directamente al Norte. Cuando las fuerzas estadounidenses empezaron a retirarse a comienzos de los setenta, Ky fue haciéndose más agresivo en sus ataques a la política norteamericana, declarando que: "Los norteamericanos están aquí para defender sus intereses, que no siempre corresponden a los de Vietnam". Dijo que era necesario reducir enormemente la influencia estadounidense, "cuanto antes mejor".

En el otoño de 1972, Thieu también estaba en conflicto directo con la administración Nixon. Kissinger había negociado un trato que devolvería a los soldados estadounidenses a sus casas y proporcionaría la paz con honor; pero Thieu se dio cuenta de que dicho acuerdo pondría su régimen en grave peligro. Fue su intransigencia la que impidió que se firmase un tratado antes de enero de 1973: en una reunión con Kissinger, Thieu, gimoteando, acusó a los norteamericanos de aliarse con la Unión Soviética y con China para destruir Vietnam del Sur.



Estados Unidos y, una vez que Vietnam hubo invadido Kampuchea, empezó a dejar clara su intención de responder a la agresión con agresión.

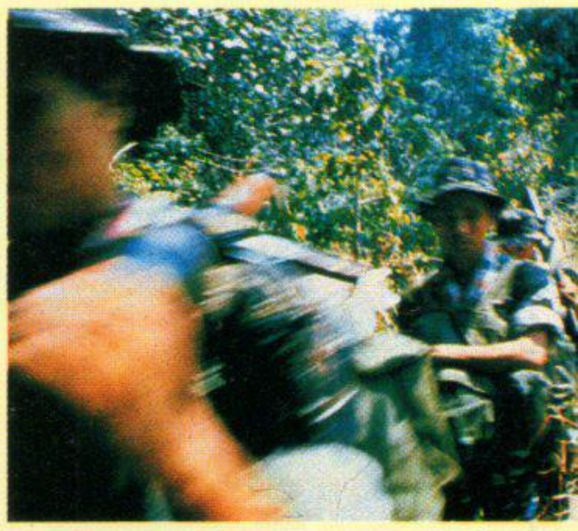
El 17 de enero de 1979, unos 85 000 soldados chinos del Cuarenta y Uno y Cuarenta y Dos Ejércitos —reforzados posteriormente por 200 000 hombres— invadieron Vietnam por tres puntos muy distantes. China iba a dar una "lección" a Vietnam, o eso creía. Los principales avances se dirigieron a los importantes centros de Lao Cai, Cao Bang y Lang Son. Aunque las mejores tropas vietnamitas estaban en Kampuchea, los 60 000 hombres de la fuerza defensiva —principalmente tropas fronterizas y soldados regionales— pudieron hacer frente y rechazar al Ejército Popular de Liberación, que no había entrado en combate activo desde la guerra de Corea (1950-53). Los chinos admitieron después haber sufrido 20 000 bajas y, una vez que hubieron capturado Lang Son el 5 de marzo, empezaron a retirarse tras anunciar que ya habían "castigado" lo suficiente a Hanoi.

Los hechos de 1978 y 1979 han cubierto de largas sombras el Sudeste asiático. Serios choques han continuado produciéndose en la frontera chino-vietnamita, los más graves en 1981 y 1984. De modo similar, los vietnamitas mantienen un ejército de ocupación en Kampuchea en apoyo de Heng Samrin, cuyo gobierno sigue sin ser reconocido en las Naciones Unidas.

El Khemer Rojo, que sigue siendo considerado oficialmente el gobierno legítimo, continúa con una campaña guerrillera desde el otro lado de la frontera con Tailandia. La situación se complica aún más con la presencia, junto al Khemer Rojo, de guerrilleros no comunistas. Un antiguo ministro, Son Sanh, dirige el Frente de Liberación Nacional Popular del Khemer (KPNLF), que tenía aproximadamente unos 14 000 miembros en 1986, mientras que el omnipotente príncipe Norodom Sihanouk di-

Tras la firma de los acuerdos de paz, las relaciones de Thieu con los políticos norteamericanos se erosionaron aún más. La corrupción a todos los niveles en la sociedad sudvietnamita fue duramente criticada y, a pesar de una vigorosa defensa del embajador Martin, pocos miembros del Senado o de la Cámara de los Representantes desearon asociarse con el líder sudvietnamita.

Cuando Thieu salió volando de Vietnam del Sur en abril de 1975, justo antes de la caída de Saigón, expresó sus amargos sentimientos respecto a los Estados Unidos, declarando que su fracaso en defenderle había sido un "acto inhumano por parte de un aliado inhumano". Pero en realidad, los norteamericanos no habían sido tanto un aliado inhumano como incapaces de confiar en un gobierno sudvietnamita. Una de las grandes paradojas de la guerra del Vietnam fue que los norteamericanos nunca apreciaron ni respetaron al gobierno al que apoyaron ostensiblemente.



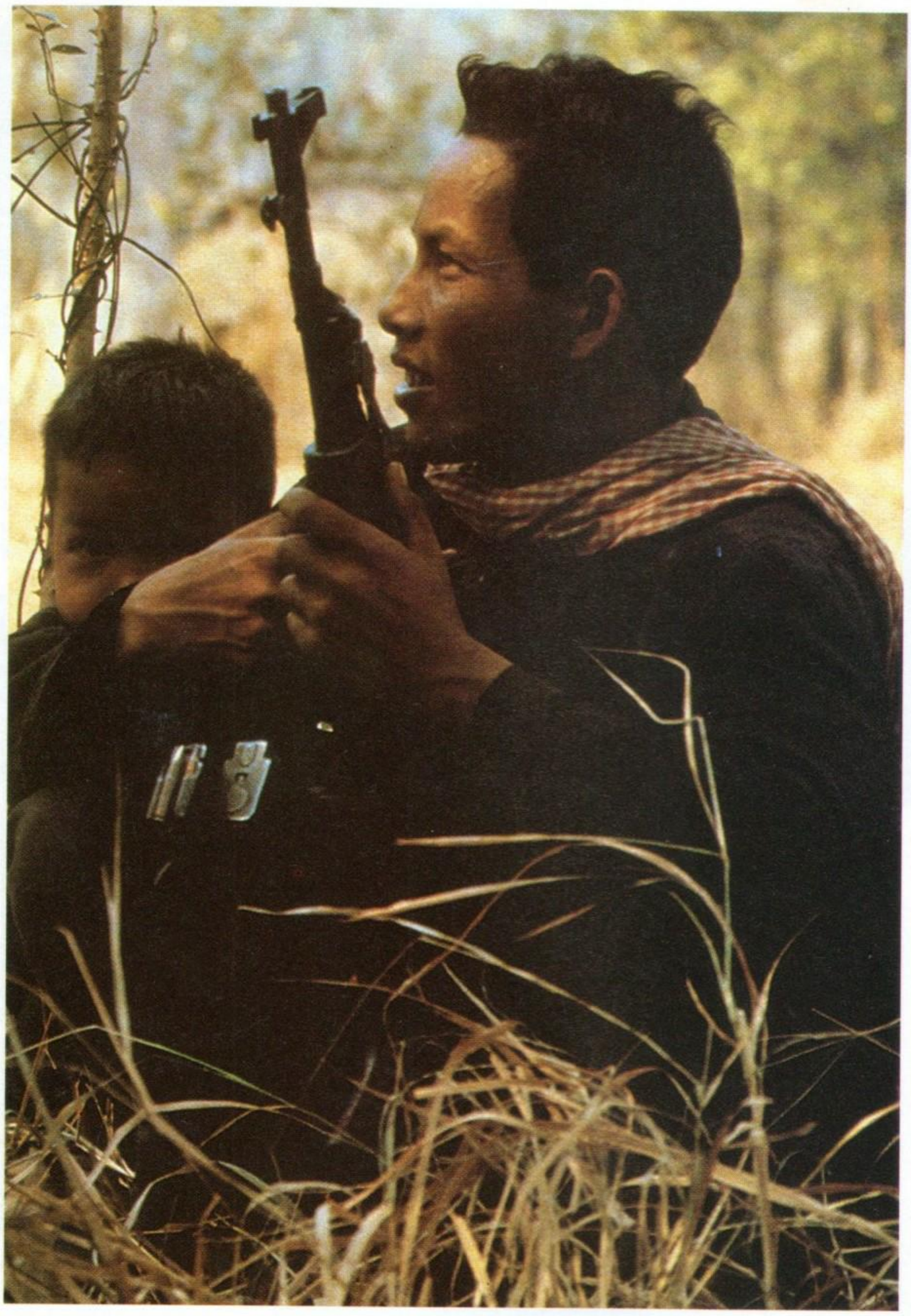
EE UU Y EL SUDESTE ASIÁTICO DESDE 1975

Al negociar los acuerdos de París, el presidente Nixon prometió ayuda para la reconstrucción de los dos Vietnams. Tras su victoria dos años después, Hanoi indicó su deseo de abrir relaciones diplomáticas con Estados Unidos a cambio del pago de 3 250 millones de dólares. Se abrieron negociaciones, que se basaron en la liberación de los MIA —norteamericanos desaparecidos en acción—. Hanoi dio los nombres de 12 pilotos como gesto de buena voluntad en agosto de 1976, pero esto no fue considerado suficiente por Washington, que en noviembre de aquel año vetó la petición de Hanoi de entrar en la ONU.

Seguidamente, el presidente Carter envió una comisión presidencial para explorar las vías de reconciliación. El veto estadounidense a la petición de Hanoi en la ONU fue levantado en setiembre de 1977 y Carter relajó también el embargo comercial. Sin embargo, no se reanudaron unas relaciones diplomáticas normales.

Desde la subida a la presidencia de Reagan en enero de 1981, su administración se ha dedicado a alentar a aquellos paises aparentemente amenazados por la ambición vietnamita, especialmente Tailandia y, más recientemente, en 1986, el Congreso aprobó "ayuda no letal" a los socios comunistas del Gobierno de Coalición de la Kampuchea Democrática: la organización que lucha contra las fuerzas vietnamitas que ocupan Camboya.

CAPÍTULO 110



Arriba: Un guerrillero del Khemer Rojo, que lucha para derrocar a Heng Samrin y a la República Popular de Kampuchea. El Khemer opera desde el otro lado de la frontera con Tailandia y sigue siendo todavía el gobierno legítimo reconocido del país.

rige el movimiento Moulinka, cuyo Ejército Nacional (ANS) cuenta quizás con 10 000 hombres. El Khemer Rojo, cuyo líder nominal ha sido desde 1979 Khieu Samphan en un intento de hacer la organización más respetable ante los ojos internacionales, tiene unos 35 000 hombres.

En junio de 1983 se estableció un frágil Gobierno de Coalición Democrática de Kampuchea, con Sihanouk al frente, para coordinar las tres fracciones antivietnamitas.

Sin embargo, Sihanouk en particular ha desmentido el comentado retiro de Pol Pot de la Comisión Militar Suprema del Khemer Rojo calificándolo de "farsa" y está claro que existen grandes diferencias entre los socios de la coalición. Hay informes sobre algunas operaciones militares conjuntas del Khemer Rojo y el Frente Nacional de Liberación del Khemer (KPNLF) en 1976, pero, en su mayor parte, las operaciones parecen realizarse por separado.

Luchas con los tailandeses

Los vietnamitas han reaccionado a esta guerrilla continua con ofensivas anuales durante la estación seca (de octubre a abril) como las de 1980/81 y 1981/82, y la de 1984/85, que expulsó aparentemente al ANS de su cuartel general en Tatum y al KPNLF de su base de Ampil. De manera casi inevitable, el hecho de que los guerrilleros busquen refugio rutinariamente en Tailandia ha producido enfrentamientos entre este país y las fuerzas vietnamitas, el más grave de los cuales tuvo lugar en 1980. Consecuentemente, Tailandia se ha enfrentado a un temor cada vez mayor por su propia seguridad y ha solicitado y recibido ayuda militar de Estados Unidos.

Tailandia es también miembro de la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN), una organización originalmente concebida en 1967 como medio de impulsar el desarrollo económico y social de sus miembros, siendo los otros fundadores Filipinas, Malasia, Singapur e Indonesia.

La ASEAN ha patrocinado numerosas resoluciones antivietnamitas en la ONU, siendo la del noviembre de 1985 la séptima de ellas. No obstante, la amenaza militar que supone Vietnam y la creciente actividad naval soviética en el mar de China Meridional han empujado a la ASEAN a considerar una orientación más militar. Vietnam ha intentado aprovechar las diferencias existentes entre los Estados miembros, a los que se unió Brunei en 1984, pero sin ningún éxito notable.

Los vietnamitas anunciaron una retirada parcial de Kampuchea en julio de 1982, abril de 1983 y junio de 1984, pero no han dado señales de abandonar el país. De hecho, rechazaron las propuestas de Sihanouk en marzo de 1986 referentes a una solución política basada en una coalición cuatripartita en Kampuchea, la retirada de fuerzas vietnamitas bajo la supervisión de las Naciones Unidas y un gobierno interino pendiente de elecciones libres.

La clave del futuro de la región sigue estando en la magnitud de la ambición de Hanoi y en cómo se puede mitigar ésta con un deseo de mejorar las relaciones diplomáticas con Estados Unidos, por un lado, y con el deshielo de las relaciones entre el respaldo de Vietnam —la Unión Soviética— y su principal adversario —China—, por otro. Vietnam depende ahora muchísimo de los soviéticos, que en 1979 proporcionaban a los vietnamitas una ayuda económica de hasta dos millones de dólares estadounidenses al día, a cambio del trabajo de 80 000 vietnamitas en la Unión Soviética y el empleo por parte de la Armada soviética de las instalaciones de Cam Ranh Bay y Kompong Son.

Los soviéticos siguen teniendo interés en desviar la atención de los chinos hacia el sur, mientras China continúa preocupándose por la perspectiva de verse rodeada por la Unión Soviética y sus aliados. En consecuencia, Pequín intenta respaldar tanto al Khemer Rojo en Kampuchea como a los meos en Laos.

Con esta trama de alianzas diplomáticas, militares y económicas coexistentes hoy en día, las perspectivas de paz en el Sudeste asiático son preocupantes.